El Adversario.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE LOS

Sres. ALF. CAPUS y EMM. ARENE

ARREGLADA AL CASTELLANO

POR

ALFONSO DANVILA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, núm. 12.
1904

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. HORRAS

N.º de la procedencia
324

EL ADVERSARIO

El Adversario.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE LOS

Sres. ALF. CAPUS y EMM. ARENE

ARREGLADA AL CASTELLANO

POR

ALFONSO DANVILA

Estrenada en el **Teatro de la Comedia**
la noche del 9 de Enero de 1904.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIANA DARLAY	Sra. Pino.
SIMONA GRECOURT	» Alverá.
JULIA BREAUTIN	Srta. Catalá.
LUCÍA CHANTRAINE	» Bremón.
PAULINA HENON	» Ziur.
MARGARITA ZAVEDRO	» Asquerino.
ROSALÍA	» Tejada.
EMILIA LINEUIL	» Toscano.
TERESA PLENIERE	Sra. Morales.
BERTA D'HERSOY	Srta. Egido.
MAURICIO DARLAY	Sr. García Ortega.
CHANTRAINE	» Balaguer.
LANGLADE	» Tallaví.
LIMERAY	» Gonsálvez.
BREAUTIN	» Mora.
NORBERT	» Lliri.
HENON	» Mata.
LAMIRENE	» Castro.
SAINT-BRILLART	» Manrique.
JUAN	» Granda.

La escena en París y en el campo.—Época actual.

Derecha é izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

SALÓN EN CASA DE MAURICIO. (Por la tarde.)

ESCENA PRIMERA

Simona Grecourt, después **Mariana.**

Al levantarse el telón, Simona Grecourt se sienta en una butaca y coge un periódico. Comienza á leer. Entra Mariana.

MAR. (Abrazando á su madre.) ¿Has descansado?

SIM. He descansado, me he vestido y estoy á tu disposición. ¿Vamos á salir?

MAR. Dentro de un rato. Julia Breautin ha mandado preguntar á qué hora llegabas de Lyón... y vendrá de un momento á otro.

SIM. Bueno. La esperaremos. ¿Y tu marido?

MAR. ¿Mi marido? ¡Mi marido! ¿Sabes lo que hace en este momento?

SIM. No... ¿Y tú?

MAR. Yo sí.

SIM. Menos mal. Y ¿qué hace?

MAR. (Cogiendo un objeto de encima de la mesa.) Mira este bronce.

SIM. Admirable.

722752

MAR. Es lo único que queda de una chimenea que, según dicen, se encontraba en el palacio de la marquesa de Pompadour... Desde hace seis meses, Mauricio busca otro cachivache del mismo valor para colocarle al otro lado de la mesa.

SIM. No es mala idea. Hará muy buen efecto.

MAR. Hoy tenía cita con la Canot... una anticuaria de la calle no sé cuántos... mañana será con Borman, pasado con las hermanas Verdier.

SIM. ¿Y qué tienen de particular esas aficiones? Parece por tu tono que me cuentas cosas extraordinarias. ¿Tu marido se dedica á recorrer las tiendas de antigüedades, no es eso? Pero alguna vez se quedará en casa.

MAR. Ya lo creo, muchas... y cuando lo hace se pone á estudiar (Encogiéndose de hombros.) ¿A que no adivinas qué estudia? Pues aprende el inglés... el año pasado aprendió el alemán y el próximo creo que entrará en turno el ruso. Además, compra libros muy raros y muy caros, documentos muy viejos, que nadie puede leer. Se suscribe á revistas históricas y científicas como ésta, ¡mírala! (Dándole una); no, no, puedes guardarla, te la regalo... y cuando le pregunto por qué hace lo que te estoy contando, me contesta con su sonrisa... esa sonrisa especial... que acaba por resultar molesta: mi educación ha sido un poco descuidada. ¿Y á su edad se dedica á rehacer su educación! ¡Figúrate lo halagadora que para mí resultará la empresa! No. ¡Y lo peor es que mientras tanto se olvidan de él! ¿Quién se acuerda hoy de que Mauricio es abogado y de que tuvo un éxito enorme en el proceso Chantraine? Dos años, mamá, dos años ha hecho estos días que los periódicos no han publicado su nombre. Figúrate el caso que hará nadie de una persona cuyo nombre no se ha impreso en ningún periódico durante dos años, ni siquiera para insultarle.

SIM. Bueno, bueno; todo eso sería grave si no tuvierais fortuna; pero si nada os hace falta, ¿qué le reprochas? Amigas, ¡vamos! ya me entiendes... no creo que tenga ninguna.

MAR. ¡No faltaba más!

SIM. ¿Te sigue queriendo siempre?

MAR. Sin descanso.

SIM. Pues, hija, en esas condiciones, yo, que soy una persona de sentido común, te aseguro que debes ser dichosa. ¿No lo eres?

MAR. ¡Psh... dichosa!...

SIM. Hija mía, ser rica, tener buena salud y un marido que no te engañe, sino todo lo contrario... es lo que en provincias llamamos ser feliz una persona.

MAR. Aquí, por lo visto, resulta un poco más complicado. No, y además, sí... no me hagas caso... soy dichosa... no te preocupes... soy dichosa... Lo que siento es no serlo de una manera más brillante, ¡cómo diría yo! más artística. Existen influencias, emociones, que la fortuna no proporciona, y que la celebridad, por ejemplo, te ofrece desde el primer instante. Sí... eso es... la celebridad... ¿Por qué no? Si yo hubiese hecho una boda cualquiera; si mi marido hubiese sido el señorito adocenado y simpático, que por lo general toca en suerte á las muchachas de mi posición, ni siquiera me molestaría en preocuparme con semejantes ambiciones. Pero mi marido, el mío, Mauricio, es un hombre inteligente, un hombre de cualidades admirables, que seguramente triunfaría en cuanto intentara. Sí, sí; no hay duda. Estoy convencida de ello. Una mujer lista no se equivoca nunca en su opinión sobre el valer del hombre á quien quiere. Y si queremos á un imbécil nos enteramos en seguida, lo cual no impide, la mayor parte de las veces, que le sigamos adorando.

SIM. Felizmente.

MAR. En cambio, es desesperante el haber tenido

como yo la suerte de casarse con un hombre excepcional y no poder disfrutar de tal superioridad.

SIM. ¿Aspirarías á ser la mujer de un hombre célebre? ¡Oh vanidad de vanidades!

MAR. Lo que yo quisiera es que Mauricio siguiese su carrera, que no llegase como un desocupado ó un indiferente á la temible edad de los cuarenta. Todos sus compañeros de juventud ó de colegio, por lo menos todos los que no eran tontos, se encuentran en plena lucha y algunos en plena celebridad... hombres políticos... escritores... se habla de ellos... Viven... Ahí tienes á Limeray... ese que ha motivado ayer una interpelación en la Cámara. Limeray estudió derecho al mismo tiempo que Mauricio.

SIM. ¿Limeray?... ¿el banquero?... ¿el hombre de negocios?... ¿el de aquella historia de Bolsa?...

MAR. El mismo.

SIM. ¡Si supieras la de personas que ha arruinado en Lyón y cómo le ponen allí! Por supuesto que en todas partes tiene muy mala reputación.

MAR. Verdad. Tiene muy mala reputación, pero tiene alguna... y, en cambio, Mauricio está en camino de perder la que ganó después de su primer triunfo... y todo por su culpa. Yo no le pido esfuerzos extraordinarios, no; lo único que le pido es que haga lo que todo el mundo hace. Un detalle que te dará idea de su manera de ver las cosas. Julia Breautin, que va á venir á verte esta tarde... una mujer verdaderamente superior, cuyo marido es diputado, cuyo salón... (Julia Breautin entra y escucha estas palabras.) (Mariana, viéndola.) ¡Oh, amiga mía!... justamente hablábamos de usted...

ESCENA II

Las mismas y Julia Breautin.

JULIA. (Riendo.) ¡Si lo he oído! ¿Querrán ustedes creerlo? La primera vez que entro en un salón donde se hable de mí en buen sentido. Es una sensación nueva que le debo y que no olvidaré nunca. (Á Simona Grecourt estrechándole las dos manos.) Si supiese usted la alegría que me produce el verla... Tiene usted un aspecto magnífico...

SIM. ¿Usted cree?... Si no fuese por algunos achaquillos que van saliendo. ¿Y nuestro diputado? ¿Tendremos el gusto de verle?

JULIA. Dentro de un instante. Le prometí esperarle aquí después de la sesión.

SIM. Leí su último discurso, en que manifestaba su opinión definitiva sobre...

JULIA. ¡Por Dios! aquello no era un discurso, ni mi marido está aún en condiciones de manifestar... En política, hasta que un hombre es ministro no debe exponer opiniones definitivas sobre nada. Unas cuantas palabras y algún duelo... nada más. (Á Mariana.) Pero antes que se me olvide, cuando entré interrumpí, bien á pesar mío, una conversación; ¿sería indiscreto...

MAR. De ningún modo. Me preparaba á explicar á mi madre la gratitud y la amistad que debo á usted por el ofrecimiento que nos ha hecho de su crédito, de sus relaciones, de su influencia, que tanta gente busca. Mauricio no ha sabido, ó no ha querido, aprovecharlos, y me ha causado con ello un gran disgusto.

JULIA. Es verdad; ha rechazado tres ó cuatro asuntos muy interesantes que le traje. Apenas si me visita lo indispensable para que nos sigamos tratando. Y es lástima, porque justamente tenía formado yo un plan que le interesaba.

MAR. ¡Ah!

JULIA. Sí... mi marido... no lo digo por vanidad, mi marido será pronto ministro. En todas las combinaciones que se hacen para reemplazar al actual Gabinete, se cuenta con él por todos los partidos. ¡Ya ve usted qué suerte! Pues bueno, mi sueño era proporcionarle á Darlay como colaborador.

MAR. (Á su madre.) Una idea magnífica... ¿verdad? (Á Julia Breautín.) ¿Y ha hablado usted de ello á Mauricio?

JULIA. Con discreción. Pero me contestó con unos cuantos chistes sobre la política y no insistí.

MAR. Yo le hablaré, sí, tendré una conversación muy seria con él. No puede negarse, es imposible. Respondo de que aceptará.

JULIA. Eso depende de usted. Una mujer de su carácter, de su inteligencia y de su edad debe llevar á su marido donde se proponga ¿Darlay no es ambicioso?

MAR. Principio á creer que no.

JULIA. (Levantándose.) Tal vez le ocurra eso porque no sienta á su lado una voluntad siempre presente y siempre activa. Mire usted, el porvenir de nuestros maridos está en nuestras manos y no en las suyas. Los hombres no suelen reunir casi nunca las dos grandes condiciones del triunfo: la voluntad y la paciencia. Es necesario que les proporcionemos una ú otra... cuando no las dos juntas. Fíjese usted y encontrará siempre una mujer al principio de la carrera de un hombre; aparte de que cuando un hombre emprende la carrera es la mujer quien le ha dado la señal. ¿Quiere usted mi opinión franca, franca, sobre Mauricio? No es perezoso, no es incapaz, ni mucho menos. Es, sencillamente, un hombre demasiado feliz.

MAR. Acaso tenga usted razón; pero no voy á ponerme á hacerle desgraciado para curarle.

JULIA. No; es una cuestión de dosis. Los hombres

no deben ser demasiado felices. La felicidad, que á nosotras nos hace tan agradecidas y cariñosas, les vuelve á ellos vanidosos y egoístas. Al poco tiempo se olvidan de que es á nosotras á quienes deben esa felicidad, y comienzan á atribuirla á su carácter, á su talento, á su gracia ó á su suerte. Por eso es preciso llamarles de vez en cuando á la realidad. Felizmente, todas poseemos nuestros recursillos para conseguirlo. Mauricio, por ejemplo, no tiene ambición y no admite que usted la tenga. Cree que es usted feliz, por el solo hecho de que él es dichoso, y que está usted satisfecha de todo, por la sola razón de que él no desea nada. Querida Mariana, fíese usted de mi experiencia. Estamos perdidas si no nos defendemos. La vida entre dos, y hasta entre tres, va resultando cada vez más aburrida. Necesitamos otra cosa, y esa otra cosa sólo la ambición, el lujo, la fama son capaces de proporcionárnosla. Por medio del marido, del hijo, del amante, en una palabra, por medio del hombre, debe hoy representar la mujer un papel, y no ciertamente el segundo, sino el primero. Es la única manera de olvidar nuestras miserias en este valle de lágrimas.

MAR. ¡Vaya usted á repetir todo eso á los hombres!

JULIA. No hay la menor necesidad de hacer esa tontería. ¡Ah! si yo tuviera un marido como el de usted...

MAR. Breautin es una persona muy inteligente.

JULIA. Sí, sí... es una persona muy inteligente... no es tonto, no... tiene buenas cualidades. Pero yo hubiera preferido verle casado con otra, que... Ahí tiene usted uno á quien ha sido preciso dirigir, encauzar á fuerza de empellones. ¡Si usted supiera! En fin, no quiero entrar en detalles; pero puedo asegurar que he hecho por él cosas, vamos, cosas que á él mismo no podría confesárselas. Menos mal que ya es diputado;

mañana será ministro; pero nadie me acusará de haber permanecido cruzada de brazos.

UN CRI. (Entrando.) El Sr. Breautin.

ESCENA III

Las mismas, Breautin.

JULIA. ¿Ha terminado la sesión?

BREAU. No; pero no habrá nada interesante. Discutían el presupuesto. Por eso he venido á presentar mis respetos á nuestra excelente amiga. (Estrechando la mano á Simona Grecourt.) ¿Buen viaje...

MAR. Pero vamos á ver, señor diputado, cuéntenos usted alguna novedad.

BREAU. ¿No sabe usted lo que le pasa á Limeray?

MAR. No. (Á su madre.) Limeray. ¿Te acuerdas? Por lo menos de ese se habla.

BREAU. Pues ahora va á hablarse mucho más. Ha sido detenido esta mañana.

MAR. ¡Imposible!

JULIA. ¿Estás seguro?

BREAU. La noticia acaba de llegar á los pasillos de la Cámara, y... ahora celebro que no le hayas convidado nunca á comer.

JULIA. ¡Como si mi casa estuviese abierta á todo el mundo!

MAR. Pero ¿por qué le han detenido?

BREAU. Por lo ocurrido en la sesión de ayer. Lo que más le perjudicó fué la interpelación de Lardier. Lardier es un hombre muy virtuoso, á quien no se le escapa un escándalo, y su discurso fué una verdadera acusación fiscal contra Limeray, tachándole de poco escrupuloso en los negocios. Claro que hubo quien tomó su defensa, quien recordó los grandes servicios prestados por Limeray á la industria nacional. La Cámara estaba muy dividida, el Gobierno bastante

dudoso; pero llegada la votación decidióse por la detención preventiva, que en estos casos es el mejor recurso, porque deja el tiempo suficiente para reflexionar si debe hacerse justicia ó no. El proceso irá muy de prisa y Limeray comparecerá ante el jurado el mes que viene.

MAR. ¿Ha elegido ya defensor?

BREAU. Se habla de Plantin.

MAR. Naturalmente. En cuanto hay un asunto que mueve ruido... no distingue entre un banquero ó una *cocotte*.

BREAU. Ahora que me acuerdo. ¡Yo que tenía una cita! (Á Simona Grecourt.) Supongo que nos veremos durante su estancia aquí...

SIM. Lo mejor sería comer juntos una noche.

JULIA. ¿Le conviene á usted esta semana?

SIM. Cuando usted quiera.

(Entra Rosalía que entrega una tarjeta á Mariana.)

ROSAL. Para el señor.

MAR. (Leyendo.) ¡Limeray! ¡Parece imposible! ¡Limeray! (Á Rosalía.) ¿Será alguien de parte de este señor?

ROSAL. No, es ese señor en persona.

MAR. Y... ¿Dónde está?

ROSAL. En la biblioteca.

MAR. (Á Breautin.) ¿Pues no decía usted que esta misma mañana...

BREAU. Habrá sido puesto en libertad provisional. Es lo que sucede siempre en esta clase de asuntos.

MAR. ¡Y Mauricio que no está en casa! ¿Qué hacer?

JULIA. Recibirle usted misma, Mariana, mientras llega su marido. De seguro viene á pedir algo muy importante. ¡Quién sabe si á encargar á Darlay de su defensa!

MAR. ¡No! Sería demasiada suerte.

JULIA. ¿Limeray conoce á Mauricio?

MAR. Figúrese usted. Estudiaron juntos derecho.

JULIA. Pues entonces seguramente es para eso. Mi enhorabuena.

BREAU. Señora, hasta la vista. No queremos estorbar...

MAR. ¿No sería mejor hacerle entrar ahora mismo?

BREAU. No, no. ¿No sabe usted que en la Cámara he votado en favor de su detención? El encontrarme aquí sería molesto para él.

JULIA. Y para ti

BREAU. (Con dignidad.) Para los dos.

JULIA. (Á Mariana.) Tengo una curiosidad loca de saber lo que ha ocurrido... volveré por aquí dentro de un rato.

MAR. Cuando usted quiera... Hasta ahora. (A Simona.) No te marches, mamá.

SIM. No, no... (Salen Breautin y Julia Breautin acompañados por Simona Grecourt.)

MAR. (A Rosalía, que ha permanecido junto á la puerta de la biblioteca.) ¡Que pase!

ESCENA IV

Mariana, Limeray.

LIMER. Señora, pido á usted mil perdones por mi insistencia...

MAR. De nada; precisamente soy yo la que siento mucho...

LIMER. Deseaba con el mayor interés ver hoy mismo al señor Darlay...

MAR. No puede tardar mucho... (Gon gran amabilidad, indicándole un asiento.) Siéntese usted.

LIMER. Vengo de la Audiencia, donde le he buscado... pero no estaba...

MAR. Naturalmente... (Corrigiéndose.) Es decir... no le vió usted porque le espero... Ya debia estar aquí... pero estos días se encuentra tan ocupado, tan abrumado por los negocios... ya sabe usted que en su profesión no sobra tiempo para nada.

LIMER. Evidentemente, evidentemente...

MAR. Ya ve usted, mi madre, que ha llegado de Lyón, no le ha podido ver aún... Almorzó, fuera y...

LIMER. ¡Ah! ¿Su madre vive en Lyón? Allí tengo

muchos amigos, y de seguro habrá oído hablar de mí.

MAR. Sí, sí... ya lo creo; justamente antes decía eso; allí le conocen á usted muy bien... (Pausa.)

LIMER. Señora, le ruego que me perdone si la molesto. No se ocupe usted de mí... esperaré sólo...

MAR. Pero si no me molesta usted; al contrario, no sabe usted lo que me divierte el... (Pausa.)

LIMER. ¿Estuvo usted anoche en la Opera?

MAR. No... ¿y usted?

LIMER. No, no pude ir. Lo sentí mucho. Dicen que estuvo muy bien.

MAR. (Escuchando.) Me parece que oigo á mi marido; sí, sí, es él.

(Limeray se levanta. Entra Mauricio.)

ESCENA V

Dichos, Mauricio.

LIMER. ¡Mi querido Darlay!

MAUR. (Dándole la mano.) ¿Qué tal? Acaban de decirme que me esperaba usted.

LIMER. ¡Le esperaba tan bien acompañado!

MAR. ¡Muy amable! Caballero...

LIMER. Señora, mil gracias... á sus pies...

MAR. (Al salir, baja á Mauricio.) ¡Estoy muy contenta!

MAUR. (Lo mismo.) ¿De veras?

ESCENA VI

Limeray, Mauricio.

MAUR. ¿Qué novedad le trae á usted por mi casa? Hacía un siglo que no nos veíamos.

LIMER. Casi desde nuestra época de estudiantes... Después, una ó dos veces... ¡La vida!... En

fin... ¿está usted enterado de mi historia?

MAUR. ¿Cómo no estarlo? Su nombre de usted corre de boca en boca, constituyendo el suceso del día.

LIMER. Hablemos sin rodeos, según mi costumbre. ¿Quiere usted encargarse de mi defensa?

MAUR. ¿De su defensa?

LIMER. De mi defensa.

MAUR. Franqueza por franqueza. Me es completamente imposible.

LIMER. ¿Se niega usted?

MAUR. Sí... pero le ruego que no vea en ello nada personal contra usted. En primer lugar, traigo entre manos un trabajo que me ocupa por completo y no pienso ejercer mi carrera en algún tiempo... Después, y ésta es la principal razón, no soy bastante competente en asuntos de hacienda.

LIMER. ¡Mejor, mucho mejor! Si mi proceso no es un proceso hacendístico, si es un proceso político. No conozco las opiniones políticas de usted.

MAUR. Yo tampoco.

LIMER. Entonces ¡qué demonio! tenemos las mismas. Nada, nada, cuento con usted. ¿Sabe usted lo que se necesita en mi asunto? Buen humor, muy buen humor y de cuando en cuando un poquito de emoción, nada más. Usted posee las dos cualidades. ¡No, no! Si le he oído informar y siempre pensaba viéndole: «Cuando me toque la china éste será mi defensor»; porque mire usted, de ningún modo quiero nombrar un abogado de los que se saben de memoria el Código y aburren al jurado á fuerza de citas, ni menos un abogado político como Plantin, que en lugar de ocuparse de mí, se ocupe de atacar al ministerio.

MAUR. Sí, sí; pero permítame usted, no todos aceptarían así como así... el asunto es bastante serio...

LIMER. ¡Qué serio ni qué... Precisamente mi asunto en lugar de serio es cómico, ¿comprende usted? Cómico. Vamos á ver: desde hace

quince años soy el primer hombre de negocios, poseo la confianza universal, todo el mundo me confía sus capitales. ¡Mi posición es única! Y de repente, porque un señor, un señor muy moral que se ha hecho célebre gracias á la inmoralidad, tiene la comodidad de interpelarme en el Congreso, ¿voy á convertirme de la noche á la mañana en un bandido? ¿La confianza anterior va á transformarse en abuso de confianza? ¿Mis accionistas van á verse obligados á declarar en contra mía? ¡Unos infelices que nunca han pensado en tal cosa! ¡Y todo sin que yo haya variado un ápice! ¡sin que haya hecho otras operaciones que las de costumbre en mi casa! Le aseguro á usted, amigo mío, que no lo comprendo.

MAUR. Ni yo.

LIMER. ¿Y decididamente renuncia usted á encargarse?

MAUR. Decididamente.

LIMER. ¡Demonio, demonio! ¿Y á quién voy á dirigirme? En eso sí que podría usted aconsejarme.

MAUR. En su lugar yo elegiría un principiante... un principiante de talento á quien comunicaría mis ideas, mi sistema...

LIMER. Verdad, verdad. ¿Conoce usted á alguno?

MAUR. Sí.

LIMER. ¿Amigo de usted?

MAUR. ¡Amigo!... En fin, le vemos alguna vez...

LIMER. ¿Y me responde usted de él?

MAUR. Le respondo de su inteligencia.

LIMER. Le acepto y salga lo que saliere, le acepto. ¿Cómo se llama?

MAUR. Enrique Langlade. (Escribiendo en un papel.)

LIMER. ¿Y vive? (Doblando el papel que le entrega Mauricio.) Perfectamente. Voy á su casa. Utilizaré el nombre de usted.

MAUR. Como usted quiera... pero no es necesario; dé usted el suyo y... para qué mayor recomendación. (Los dos están de pie. Mariana impaciente ha entrado sin ruido y oye las últimas palabras.)

LIMER. Gracias, gracias de todas maneras... y

crea usted que su negativa me duele. (Movimiento de Mariana.) ¡Señora!

MAR. ¡Caballero! (Sale Limeray.)

ESCENA VII

Mauricio, Mariana.

MAR. Cómo, ¿te has negado?...

MAUR. ¡Figúrate!

MAR. ¿Te has negado á defender á Limeray? ¿A Limeray? ¿Y por qué razón?

MAUR. Porque no tengo la seguridad completa de hacerle condenar.

MAR. No digas gracias. Me explico, aunque no del todo, que no quieras encargarte de negocios insignificantes... no tenemos necesidad de ellos... y lo principal es tu gusto. Pero rechazar un asunto sensacional... que apasiona á todo el mundo, que llena las columnas de todos los periódicos, que todos los abogados se disputan y que te cae llovido del cielo... eso, qué quieres que te diga, no lo comprendo... Eres abogado, ¿sí ó no?

MAUR. No; quiero decir que no es de rigor ser abogado porque se haya estudiado la carrera y porque se hayan defendido en diez años tres ó cuatro causas insignificantes.

MAR. ¡Insignificantes! ¿Te parace insignificante el proceso Chantraine? Calla, calla; tu defensa resultó maravillosa y dió la vuelta al mundo: lo que oyes, ¡al mundo! ni más ni menos.

MAUR. ¿Y eso qué prueba? ¿Quién no es capaz de hacer un buen discurso sobre el adulterio? Pero reflexiona si en mi posición sería divertido que me dedicase á asistir á todas las vistas, á pasar mi tiempo estudiando procesos que no me importan nada, á ejercer una carrera por la cual no siento ningún amor... ni poseo ninguna cualidad.

MAR. ¿Ninguna cualidad? ¿No tienes talento como abogado?

MAUR. Ni sombra. Lo cual no quiere decir que sea tonto, porque existen una porción de hombres muy inteligentes que, sin embargo, serían incapaces de hacer absolver á un malhechor...

MAR. ¿Y de dónde sacas que sólo haya de defenderse á los malhechores? Existe otra clase de individuos.

MAUR. Sí, sí, las viudas y los huérfanos, ¿verdad? En diez años, no he defendido más que una vez á un huérfano, no, y ese era huérfano porque había matado á su padre y á su madre.

MAR. Entonces, lo que te he oído decir algunas veces no es broma. ¿Renuncias á tu carrera?

MAUR. Renuncio. Y ¡ojalá pueda servir mi ejemplo á las dos terceras partes de mis conciudadanos!

MAR. ¿Y qué vas á hacer? Vamos á ver, ¿en qué vas á ocuparte? Sí, sí... ya sé... ya sé que escribes un libro... un libro de historia, ¿verdad? Además estudias el inglés y el alemán, además compras preciosidades antiguas... Todo eso está muy bien y resulta muy distinguido, pero no basta para llenar una existencia. Es imposible que un muchacho de tus condiciones no tenga una ambición más elevada.

MAUR. Prefiero no ser nada á ser un ambicioso pesado y molesto. Nadie está obligado á ser un gran hombre... basta y ¡ojalá todos lo lográsemos! con ser un hombre solamente.

MAR. (Después de una pausa). Mira, yo, en tu caso, me dedicaría á la política.

MAUR. (Sobresaltado). ¡Mariana! ¡No me faltaba más que eso!

MAR. Óyeme dos segundos. Julia Breautin estaba aquí hace un momento. Ya sabes lo amiga que es de mamá...

MAUR. A propósito de tu madre... ¿dónde está? Quiero verla... ¿Ha salido?

MAR. No... Pues como te iba diciendo...

MAUR. ¡Ah, sí!... la idea de Julia Breautin, porque indudablemente se trata de una idea de Julia Breautin.

MAR. ¿Quíeres oirme, ¿si, ó no?

MAUR. Habla.

MAR. Breautin, para nadie es un secreto, formará parte del primer Gabinete, sea el que sea.

MAUR. Breautin forma siempre parte del primer Gabinete...

MAR. Esta vez es cosa acordada.

MAUR. Bueno.

MAR. Como ministro, tendrá necesidad, naturalmente, de colaboradores inteligentes y leales...

MAUR. Y me ofrece ser uno de sus colaboradores.

MAR. El primero de todos. Como ves, la cosa merece la pena de ser oída.

MAUR. ¡Pobre Mariana!... ¡Pobre niña! ¡Tu candidez me asombra!

MAR. ¡Mi candidez!

MAUR. Fíjate bien... no te niego que Breautin llegue á ser ministro algún día, porque sería una blasfemia. Un hombre que es diputado, puede ser ministro, y un hombre que no es nada, puede siempre ser diputado. Lo que me admira es la buena fe con que tú y una porción de mujercitas tan encantadoras y dignas como tú os dejáis engañar respecto del talento de Julia Breautin, de la influencia de Julia Breautin, del salón de Julia Breautin... ¡Es ridículo! Porque ¡entérate, desgraciada! ni esa señora tiene talento, ni influencia, ni salón. Aparte de que los salones desaparecieron hace mucho tiempo. Lo único que tenemos hoy son algunos comedores donde se dignan los invitados quedarse media hora después de la comida, á condición de que los cigarros sean buenos y las invitadas sean bonitas.

MAR. Eres la única persona á quien he oído dis-

cutir que Julia Breautin no es una mujer superior.

MAUR. Superior á su marido, desde luego.

MAR. Por ella ha sido por quien él ha conseguido la posición que hoy ocupa y que no hubiera podido alcanzar nunca sin la inteligencia y sin la habilidad de su mujer. Me parece que esto no lo negarás. Breautin es de las personas que han llegado.

MAUR. Ya lo creo que ha llegado; pero ¡en qué estado, Dios mío!

MAR. Eres injusto respecto de Julia Breautin y tú mismo lo reconocerás dentro de poco.

MAUR. No lo pienses. Y si ves que te dejo ir á su casa, que yo mismo te acompaño algunas veces, atribúyelo á que no quiero disgustarte en cuanto esté en mi mano. Pero el día en que te vea reñida con ella será uno de los más alegres de mi vida, como lo oyes. ¿Por qué? Porque con sus ridículas é impertinentes ideas, Julia Breautin ha destruído ya la felicidad de una docena de matrimonios que conozco. Existen casas donde se preparan bodas; en la de Julia Breautin se preparan divorcios. Yo soy muy dichoso, acaso no lo merezca, pero esa consideración no me quita el sueño; los dos vivimos una vida llena de agrado, usamos de nuestra fortuna del modo más ingenioso y más noble que se nos ocurre, y no me resignaría á perder todo esto sino en último extremo y después de una resistencia desesperada. Te lo aseguro bajo palabra de honor.

(Entra Rosalía. Durante esta escena ha ido anocheciendo. Rosalía al entrar enciende la luz de la lámpara.)

ESCENA VIII

Los mismos, Rosalía.

ROSAL. Señor.

MAUR. ¿Qué ocurre?

ROSAL. Telefonean de parte del señor Langla-

de para saber si el señor está visible.

MAUR. ¿Nada más?

ROSAL. Y para preguntar á qué hora podrá venir ese caballero á ver al señor.

MAUR. ¿Hoy mismo?

ROSAL. Sí, hoy.

MAUR. Diga usted que no saldré de casa en toda la tarde.

ROSAL. Está muy bien (Sale.)

ESCENA IX

Mauricio, Mariana.

MAR. Oye, ¿y á propósito de qué?...

MAUR. Langlade querrá probablemente darme las gracias.

MAR. ¿Las gracias?

MAUR. Sí; le he recomendado á Limeray, que debe haberle visto ya...

MAR. ¡Pero es posible! No solamente rechazas un asunto como ese, sino que tú, tú mismo, se lo regalas á uno de tus colegas.

MAUR. Limeray necesitaba de todos modos un abogado, ¿verdad? ¿Por qué no recomendarle á Langlade, á quien conocemos? ¿De qué te ríes?

MAR. ¿No vas á incomodarte?

MAUR. No.

MAR. Entonces... no es por alabarme, ¿eh? porque precisamente el tal Langlade no me resulta muy simpático, y además me parece muy presumido; pero creo... en fin... me parece que tu amiguito está un poco enamorado de mí.

MAUR. ¿Te lo ha dicho?

MAR. ¡No faltaba más, hombre! Apenas si le he visto algunas veces en casa de...

MAUR. Calla, no pronuncies su nombre. Lo adivino. Pues mira, no deja de tener talento.

MAR. Para ti todo el mundo tiene talento. Bueno que lo creas, pero no que lo repitas á cada paso.

MAUR. Hablando de cosas más interesantes, ¿sabes que vamos á ver á Chantraine?

MAR. ¿Chantraine? ¡Cómo me alegro!

MAUR. A mí me es tan necesario que no podré vivir sin él. Además, créeme, es un sabio.

MAR. Un sabio que hirió á un hombre y á una mujer revólver en mano. ¡Muchas gracias!

MAUR. Aún no he podido enterarme de cómo hizo eso. Cuidado que lo expliqué en un informe excelente que convenció é hizo llorar á todo el jurado; pero lo que es yo nunca he podido acabar de comprenderlo...

MAR. ¿Dónde ha estado que no le hemos visto en tres meses?

MAUR. No sé, en provincias. Esta mañana me escribió una carta, bastante original por cierto, anunciándome su llegada y diciéndome que vendría á vernos... ¿Le convidarás á comer para esta noche...?

MAR. Ya lo creo... con mucho gusto. (Entra Simona Grecourt.)

ESCENA X

Los mismos y **Simona Grecourt.**

SIM. ¡Gracias á Dios que te encuentro! (Abraza á Mauricio.)

MAUR. Ya sabe usted la alegría que me proporciona su visita, alegría verdad...

SIM. Como la mía. Supongo que comeremos juntos, ¿verdad?

MAUR. Por supuesto. Y además comerá usted con una persona que excita su curiosidad des de hace años.

SIM. ¿Quién?

MAUR. Mi mejor cliente. Chantraine.

SIM. ¿Chantraine? ¡Qué horror!

MAUR. Antes de acabar la comida le adorará usted, y si no al tiempo.

SIM. No, no; si no digo... pero de todas mane-

ras, ¡debe producir un efecto tan raro el sentarse al lado de un hombre que...

UN CR. (Anunciando.) El señor Chantraine.

MAUR. ¡Adelante, adelante! (Entra Chantraine.)

ESCENA XI

Dichos y Chantraine.

CHANT. (Adelantando con viveza.) Mi querido amigo. ¡Mariana!

MAUR. ¿Qué tal? ¿Qué tal va?

CHANT. Muy bien. (Saludando á Simona Grecourt.) ¡Señora!

MAR. Mi madre... Mamá, te presento al señor Chantraine.

SIM. (Alargándole la mano con cierta timidez.) Caballero... tanto gusto... por...

MAR. (A su madre.) No tengas miedo... ¿Le ves? Es un hombre como los demás.

SIM. ¡Mariana!

MAR. Imagine usted que mi madre se figuraba que era usted un monstruo.

CHANT. ¿Un monstruo? ¡Ah! sí... por lo de...

SIM. No haga usted caso, son exageraciones... Además, no hay más que verle á usted para... y siento mucho haber recordado cosas que... en fin, una historia tan... le ruego que me perdone...

CHANT. Pero ¿de qué le voy á perdonar á usted, señora? Además, le aseguro que no siento ninguna vergüenza al hablar de la historia á que usted se refiere, sobre todo cuando me encuentro entre personas de sentido común.

SIM. En eso hace usted bien, porque su conducta, al fin y al cabo, le honra como...

CHANT. (Hablando en tono sincero y candoroso.) No, señora, no, no me honra. Durante algunos segundos fuí un bárbaro, sencillamente un bárbaro. ¿Cómo, dado mi carácter y el horror que siempre tuve á la violencia, pude disparar mi revólver sobre una mujer y un hombre?

Hace ya algunos años del suceso y aún me lo estoy preguntando y buscando una explicación. (Á Mauricio.) Usted también la busca, ¿verdad, Mauricio?

MAUR. Verdad.

CHANT. ¿Y no ha encontrado ninguna?

MAUR. Ninguna.

CHANT. Es posible que llevemos escondidos dentro de nosotros, otros seres diferentes de nosotros mismos, seres de que no sospechamos la existencia. De cuando en cuando, por misteriosos influjos, uno de esos seres aparece de repente, hace gestos extraordinarios, gestos que no comprendemos, pero que nos asombran, después desaparece... y entonces, al pensar en lo ocurrido, se nos figura que hemos soñado... Le doy á usted esta explicación por lo que valga.

MAUR. Su valor es, por lo menos, igual al de cualquiera otra.

CHANT. Mire usted, en el mismo instante en que apretaba con el dedo el gatillo del revólver—me acuerdo de este detalle como si lo estuviera viendo,—recobré por un segundo la razón y pensé: ¡Dios mío, Dios mío, qué felicidad si no hay balas dentro!

SIM. ¿Y había?...

CHANT. Cinco, señora... Pero tranquilícese usted, los culpables no sufrieron más que heridas, y éstas fueron leves. Del mal, el menos.

SIM. (Con curiosidad.) ¿Y eran verdaderamente tan culpables?

CHANT. Si á eso se llama ser culpables, sí lo eran efectivamente, sí... Cuando les sorprendí, les sorprendí en una de esas situaciones de las que acostumbra á decirse que no dejan lugar á ningún género de dudas.

SIM. ¿Sería indiscreto preguntar á usted qué ha sido de su esposa?

CHANT. Ha enviudado hace poco.

SIM. ¿Cómo?

CHANT. Comprendo su sorpresa. Después de nuestro divorcio volvió á casarse.

SIM. ¿Con su cómplice, verdad?

CHANT. No; con otro caballero.

SIM. ¿Y ha vuelto usted á verla?

CHANT. Sí; hace poco... la vi... sí. Estaba de luto riguroso, con un velo de crespón largo, muy largo. ¡Si supiera usted qué sensación tan curiosa se experimenta viendo á la mujer que ha sido esposa de uno vistiendo luto por su difunto marido!

SIM. Veo que es usted un gran filósofo.

MAUR. (Tocándole en la espalda.) Lo que es, es un hombre de experiencia definitiva que en adelante no cometerá equivocaciones en la vida.

CHANT. Es usted demasiado bueno, demasiado... y su opinión me confunde...

MAUR. Supongo que ahora no nos dejará usted.

CHANT. (Con alguna turbación) No, no... pienso instalarme en París...

MAR. ¿Cenará usted con nosotros esta noche?

CHANT. (El mismo juego.) Con mucho gusto, señora, con mucho gusto...

MAUR. ¿Pero qué demonios fué usted á hacer en provincias?

CHANT. Pues á visitar algunos parientes... parientes lejanos... pero simpáticos, muy simpáticos...

MAUR. ¡Ah!

CHANT. Sí, sí... no se puede usted figurar la de veces que estuve para escribirle... luego no me atreví...

MAUR. ¡Por Dios, Chantraine!

CHANT. Sí, temía importunarle: figurese usted que quería preguntarle... no... se va usted á reir.

MAUR. ¿Por qué?

CHANT. Figúrese usted que los parientes de que le he hablado se habían propuesto, pero vamos... propuesto de una manera firmísima...

MAUR. ¿Qué?

CHANT. Una cosa muy graciosa... querían volver á casarme.

MAUR. ¿A usted?

CHANT. ¡A mí! ¿Lo encuentra usted también muy cómico?

SIM. La verdad es que...

CHANT. Quise escribirle á usted... pero sabía de antemano la contestación que iba á recibir.

MAUR. ¡Caramba! Le confieso que por lo menos me hubiese reído con usted.

CHANT. Sí; tenía la seguridad.

MAUR. ¡Un hombre que se encuentra en la situación admirable que usted se encuentra!

CHANT. ¡Es evidente!

MAUR. ¡Un hombre que ha conocido el fondo del matrimonio y de la debilidad humana!

CHANT. No se expone por segunda vez.

MAUR. De ninguna manera.

CHANT. Sería una locura...

MAUR. Una locura insigne.

CHANT. ¡Que razón tiene usted!

MAUR. ¡Ya lo creo!

CHANT. Sí, sí... sólo que... (Suspira.)

MAUR. ¿Qué?

CHANT. Es demasiado tarde, porque me he vuelto á casar. Ya la solté, y como usted ve, la cosa no tiene remedio.

MAR. ¡Oh!

MAUR. ¿Y por qué no lo dijo usted en seguida, hombre? ¿Quería usted por lo visto hacerme disparatar?

CHANT. No, no; quería oir su opinión sincera, completamente sincera, y estoy contentísimo por las palabras de usted, que tan admirablemente concuerdan con lo que yo mismo pienso... Mire usted, apenas había pronunciado el sí cuando comprendí la enormidad que había hecho. Por eso no le escribí á usted participándole mi boda. ¿Me perdona usted la falta de franqueza?

MAUR. ¡Vamos... Chantraine! No; además, que estoy seguro de que va usted á ser muy feliz. Es más, estoy convencido de ello.

SIM. Y yo también.

CHANT. Mi mujer es encantadora...

MAR. Mejor... mucho mejor.

CHANT. Y además... la quiero... es una muchacha de muy buena familia... tiene veinticinco años.

MAUR. (Por decir algo.) Una edad maravillosa.

CHANT. Y creo que ella... sí... que ella también me quiere...

MAUR. ¡No faltaba más! ¿Y dónde está? ¿Aquí?

CHANT. Sí, aquí; preparamos nuestra instalación. Interinamente vivimos en mi casa de soltero. Allí me espera, porque no quise traerla antes...

MAUR. Sí, antes de que yo hiciera una plancha.

CHANT. (Estrechándole la mano.) Antes de que usted me hubiese dado una nueva prueba de su amistad.

MAUR. Bueno, bueno...

MAR. (Á Chautraine.) Entonces quiere decirse que su mujer comerá también con nosotros esta noche.

CHANT. Será una alegría para ella, porque no hace más que hablarme de usted. Tiene un deseo grandísimo de conocerla...

MAR. Avísela usted por teléfono que venga en seguida... esté como esté... (Señalando el cuarto.) Y sin cumplimientos de ninguna especie... en familia... Salúdela por anticipado...

CRIAD. (Anunciando.) El señor Langlade...

MAR. Mamá, ¿quién acompaña á Chantraine?

CHANT. (Siguiendo á Simona Grecour, puerta izquierda, y estrechando la mano á Mariana.) Telefoneo que esté preparada y en seguida voy á buscarla...

MAR. Muy bien. Por ahí, por ahí... y hasta ahora, ¿eh? hasta ahora.

ESCENA XII

Mauricio, Mariana, después **Langlade.**

MAUR. ¿Pero has visto? ¿Qué me dices de esta aventura?

MAR. Que ya tengo curiosidad por conocer á esa valiente.

MAUR. ¡Ah! Se me olvidaba, Langlade: ¿no te molesta que le reciba aquí?

MAR. ¡Qué me ha de molestar, hombre! ¡Figúrate! (Entra Langlade.)

LANG. ¡Señora! (Estrecha la mano que le alarga Mariana.) (Á Mauricio.) He visto á Limeray... y no sé cómo dar á usted las gracias... Crea usted que estoy verdaderamente reconocido...

MAUR. ¡Bah!

LANG. (Á Mariana.) Ha de saber usted que un colega que recomienda á otro constituye en todas las profesiones un fenómeno, pero en la nuestra tiene algo de milagroso.

MAR. Mi marido no hace sino portarse como buen compañero.

LANG. (Á Mauricio.) ¿Según lo que Limeray me ha dicho le conoce usted? ¿Qué opinión tiene usted formada de él?

MAR. (Haciendo ademán de marcharse.) Les dejo á ustedes hablar...

MAUR. ¿Por qué? No, no, puedes quedarte, sobre todo si la conversación te entretiene... y apostaría cualquier cosa á que te entretiene...

MAR. Mucho.

MAUR. Entonces, siéntate. (Á Langlade.) ¿Mi opinión sobre Limeray?

LANG. Sí.

MAUR. Bueno: pues en confianza le diré que tengo por Limeray el grado de aprecio que puede tenerse por un hombre que debía haber estado en la cárcel hace mucho tiempo y no lo ha estado hasta ayer.

LANG. ¡Magnífico! Aunque la frase no constituya un gran argumento para el jurado.

MAR. A mí, confieso que me ha parecido muy bien educado, y sobre todo muy correcto.

LANG. ¿Y respecto de su fama como hombre de negocios?... (Á Mariana.) Estoy violento por el temor de aburrir á usted...

MAR. Pero si no me aburre; al contrario.

LANG. Como hombre de negocios, el asunto no es tan malo como parece á primera vista...

MAUR. ¡Qué ha de ser! El único peligro es que

contraría algo nuestras leyes. Para mí se trata de un buen negocio, que ha tropezado con una mala disposición.

LANG. Eso, eso. Me parece que ese es el tono en que debe defenderse. No digo que se llegue hasta provocar la risa.

MAUR. ¿Y por qué no? Limeray preferirá ese sistema, y respecto al fondo del asunto yo le proporcionaré á usted dos causas análogas. Con eso tengo la seguridad de que obtendrá usted un triunfo. ¿Verdad, Mariana?

MAR. Naturalmente... y cuente usted con nosotras para ir á aplaudirle...

MAUR. Señora...

MAR. (Sonriendo á Mauricio.) ¿Tiene usted mucha afición á su carrera?

LANG. Sí, muchísima.

MAR. Le felicito. ¡Es tan raro encontrar esa afición, aun entre las personas de mejores cualidades!

MAUR. (Aparte.) Esa va por mí.

MAR. Querer llegar, equivale á tener andado la mitad del camino.

LANG. No puede usted figurarse cómo agradezco sus consejos.

MAUR. Pues nada más hace falta para defender y salvar á Limeray.

LANG. Lo celebraré con toda mi alma por él.

MAR. Y yo por usted.

LANG. Entonces me marcho ahora mismo á trabajar. (Á Mariana.) Y le vuelvo á pedir mil perdones por haber hablado delante de usted de cosas tan poco divertidas.

MAR. Pero si me han interesado mucho...

LANG. Gracias, gracias.

CRIAD. La señora de Breautin. (Julia entra.)

ESCENA XIII

Los mismos, Julia Breautin.

JULIA. (A Mariana.) ¿Qué tal? ¿Qué sucedió? ¡Langlade! Buenas tardes. (Á Mauricio.) ¿Cómo va? (Volviendo á Mariana.) ¿Era lo que yo dije? ¿Limeray?

MAR. (Bajo.) Sí... pero figúrese usted que Mauricio se ha negado. ¡Estoy furiosa!

JULIA. ¡Imposible!

MAR. Y Langlade es quien se encarga...

JULIA. ¿Langlade? (Acercándose á Langlade y estrechándole la mano.) Mi enhorabuena más sincera. ¡Qué suerte!... Le aseguro á usted que me alegro como si fuera cosa mía.

LANG. Muy amable.

JULIA. (Á Mauricio.) Y á propósito de proceso. Su amigo Chantraine...

MAUR. ¿Qué?

JULIA. Ya saben ustedes que no me gusta hablar mal de nadie y menos de Chantraine, que es muy simpático; pero figúrese usted que se ha vuelto á casar. ¡Chantraine!

MAUR. (Con sorna.) ¿Está usted segura?

JULIA. Como que no hace dos horas que he recibido una carta de provincias contándomelo.

MAUR. ¿Ya tiene usted corresponsales en provincias? ¡Es usted infatigable!

JULIA. Pues sí; se ha casado con una muchacha de quien me dan unas noticias verdaderamente alarmantes.

MAUR. Alarmantes, ¿para quién?

JULIA. Para el marido... veinticinco años, huérfana, educada por unos primos... adorando todos los *sports*... excéntrica... con automóvil... y crean ustedes que cuando á una provincianita le da por esas cosas deja chicas á todas las señoritas de la capital.

MAUR. (Viendo que la puerta de la izquierda se abre.) No siga usted, porque está aquí...

JULIA. (Volviéndose.) ¿Eh?

ESCENA XIV

Los mismos, Chantraine, Lucía Chantraine.

LUCÍA. (Muy elegante, muy bonita, con un poco de tendencia á la excentricidad en la «toilette». Se acerca con viveza á Mariana.) ¡Pero qué amable es usted! ¡Si supiese usted la alegría que me produce el conocerla!...

MAR. (Estrechándole la mano.) Chantraine es uno de nuestros mejores amigos. (Presentándole á Mauricio.) Mi marido...

LUCÍA. (Estrechándola vigorosamente la mano.) ¡Tanto gusto!

JULIA. Buenas tardes, Chantraine.

CHANT. Permítame usted que le presente á mi mujer: la señora de Breautin.

LUCÍA. (Estrechando la mano de Julia Breautin.) ¡La señora de Breautin! ¡Qué casualidad! Sabe usted que tenemos amigas que lo son de las dos... ¿Los Loisignan, verdad?

JULIA. Ya lo creo. Recientemente acabo de recibir una carta de ella, en que me habla de usted. No se puede usted figurar qué de amabilidades la dedica.

LUCÍA. ¡Es tan buena la pobre!

JULIA. Y ahora, ¿les tendremos por mucho tiempo?

LUCÍA. ¡Cualquiera es capaz de moverme ya de aquí!

JULIA. Entonces, nos veremos.

LUCIA. ¡No faltaba más!

JULIA. Me quedo en casa los sábados. Venga usted el sábado que viene y arreglaremos algo para la otra semana...

LUCÍA. ¡Qué gusto!

MAUR. (Bajo á Mariana.) Mírala: ¡lo que ha tardado en echarle la zarpa! ¡Pobre Chantraine!

JULIA. Hasta la vista, hasta la vista... ¡Jesús!... ¡Es tardísimo!... Mariana... Chantraine... Langlade, venga usted, tengo coche abajo y le dejaré donde quiera. (Va dando á todos la mano. Aparte Mauricio que la acompaña.) ¿Qué tal? ¿Qué me dice usted de los nuevos tórtolos?

MAUR. ¿Yo? Nada. ¿Y usted?

JULIA. ¿Yo? (Riendo.) ¡Ay, Mauricio! Le veo á usted otra vez defendiendo á Chantraine y atacando el adulterio. A primera vista es lo único que se me ocurre.

(Sale mientras cae el telón.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

EN CASA DE JULIA BREAUTIN

En primer término, un salón que deja ver á derecha é izquierda otros. Trajes de baile.

ESCENA I

Á la izquierda, en primer término, **Julia Breautin, Breautin, Mariana.** Á la derecha, en el otro extremo del salón, **Langlade** rodeado de señoras. **Teresa Pleniere, Margarita Zavedro, Emilia Lineuil.** Repartidas por la escena **Berta Chantraine** y algunos muchachos. **Chantraine.** Al alzar el telón llegan **Berta D'Hersoy y Saint-Brillart** que saludan á los dueños de la casa, y después y conforme lo indica el diálogo, los **Henon, Limeray y Lamirene,** (Música á lo lejos).

LANG. (Inclinándose.) Por Dios, es demasiado. Usted me confunde, señora.

TERES. Por mucho que le diga á usted, no podrá nunca figurarse el efecto que me ha causado.

ZAVED. Un efecto indescriptible, es verdad. Cuando empezó usted el último párrafo, todas le hubiéramos concedido lo que pedía.

LANG. ¿Pero estaba usted en la sala?

ZAVED. ¿Podía faltar yo á un proceso tan interesante?

EMILIA. ¡Resulta tan divertido el asistir á los juicios criminales! Recuerdo el último que presencié. Un muchacho que por comprar flo-

res á una amiga, había robado y después asesinado á su principal y no recuerdo si á alguna persona más. Un detalle. ¡Habían ustedes de apreciar qué interés tan grande y qué sinceridad en los afectos! ¡Ay! yo les aseguro á ustedes que no sé qué prefiero, si un proceso sensacional ó un estreno de un autor célebre. El efecto que me producen es parecidísimo.

TERES. ¿Recuerda usted la frase de Langlade sobre las inmoralidades no ruborizantes? ¡Qué maravilla!

EMIL. Para mi gusto aún resultó mejor el párrafo sobre la vida privada de Limeray, sobre sus amigos, sus costumbres... Limeray en los bastidores de los teatros... parecía que se estaba tocando todo

BERTA. (Á Saint Brillart.) ¿Se ha fijado usted cómo rodean todos á Langlade? Y no tiene nada de particular. Se trata de la notabilidad del día.

S.-BRI. En el salón de Julia todo son notabilidades.

BERTA. Y eso que no le da más que por la política. Ya lo decía la otra noche Lamirene: aquí el que no sea político pierde el tiempo con Julia.

LANG. Señoras... señoras, son ustedes demasiado amables...

ZAVED. Nada de eso. Tiene razón que le sobra. La nota más original de la defensa ha sido la alegría, convenientemente mezclada con la profundidad. La profundidad está muy bien; pero ya sabe usted, Langlade, que á las señoras el género que más nos gusta es el alegre, cuanto más alegre, mejor. No, no se vaya usted.

B. D'H. (Acercándose al grupo.) ¿Se va usted porque yo vengo?

TERES. ¿Qué se ha de ir?

LANG. ¿Á quién le es desagradable escuchar su elogio en labios tan bonitos?

B. D'H. ¡Qué talento de hombre! ¡Qué cosas tan nuevas se le ocurren!

ZAVED. Si pensaba usted hacerse el modesto, no

tenía para qué venir á vernos esta noche, porque con nosotras no reza para nada la modestia, ¿verdad? Además, papá lo ha dicho: el hombre que ha sido capaz de sacar libre al tuno de Limeray debe ser un abogado de empuje.

LANG. ¿Pero su padre conoce á Limeray?

ZAVED. ¿Conocerle? ¡Es uno de sus mejores amigos!

(Todos los del grupo ríen y continúan la conversación en voz baja. Los señores que hablaban con Julia Breautin y con Mariana pasan á saludar á Lánglade, y las dos señoras quedan un momento solas.)

JULIA. ¿Se convence usted una vez más de la tontería que ha hecho su marido? No, no insisto... ahí tiene usted á Langlade casi célebre en un día.

MAR. Bien se lo ha ganado. Hay que hacerle justicia. Sabe hablar con elocuencia, y de vez en cuando con una emoción que jamás hubiera sospechado en él... ¿Quién es esa muchacha con quien charla hace un rato?

JULIA. Margarita Zavedro, la hija del banquero; ya sabe usted...

MAR. Buena boda.

JULIA. Calle usted. Me permití hacerle algunas indicaciones, y á la primera me contestó con una negativa de las más concluyentes.

MAR. ¿De veras?

JULIA. Tengo la seguridad de que Langlade no quiere casarse.

MAR. ¿Por qué? ¿Algunas relaciones antiguas?

JULIA. No; una pasión.

MAR. ¡Ah!

JULIA. Y una pasión que no debe ser correspondida, á lo que sospecho... y verdaderamente no me explico por qué no es correspondida... aunque el hecho me conste.

MAR. (Cambiando de conversación.) Oiga usted. ¿Á quién me preguntaba antes si conocía...

JULIA. ¿Si usted?... ¡Ah! sí, Norbert... ya sabe usted que todo el mundo le indica como futuro presidente del Consejo.

MAR. Sí, sí... pues, en efecto, le conocemos con bastante intimidad; fué compañero de colegio de Mauricio.

JULIA. Acaso tenga que molestar á ustedes. Esta noche espero que venga. Ya hablaremos.

MAR. Cuando usted quiera...

JULIA. Y á propósito. ¿Veremos también á Darlay?

MAR. Dentro de un rato... Me prometió venir á buscarme.

JULIA. ¡Mejor que mejor! ¿Me permite usted que diga dos palabras á mi marido?

MAR. ¡No faltaba más!

(Julia Breautin va al encuentro de su marido mientras Mariana se aleja por el fondo.)

JULIA. No te descuides cuando llegue Norbert y haz cuanto te he encargado.

BREAU. ¿Estás segura de que vendrá?

JULIA. Sí. Oye, ¿sabes que Langlade ha estado esta tarde muy bien?... Será preciso empujarle.

BREAU. Le empujaremos, aunque me parece que no lo necesita. Tiene elocuencia, ingenio... ¿Te fijaste en la historia que contó en la mesa?... ¡Parece mentira! Ninguna señora se escandalizó... y ten por seguro que si en lugar de Langlade soy yo quien la cuenta... porqué sobre todo la parte del coche... Mírale...

(Langlade sigue rodeado de señoras. Lucía Chantraine se acerca á él. Todas se ríen.)

LUCÍA. Buenas noches, Langlade...

EMILIA. No se acerque usted si no quiere ponerse colorada. Nos está contando un caso patológico.

LUCÍA. ¿Muy complicado?

B. d'H. ¡Psch! Eso depende del terreno en que cada uno se coloque.

ZAVED. Calle usted, el final se adivina.

TERES. Además, no sé por qué nos quiere usted engañar. No se trata de ningún caso. La historia esa le ha pasado á la mujer de... Y si es verdad que engañaba á su marido, pero el marido lo sabía...

LUCÍA. Entonces no le engañaba la pobre mujer.

BREAU. ¡Con qué gana se ríe Lucía Chantraine!... (Con misterio.) ¿Crees tú lo que se dice por ahí?... Que... vamos... que otra vez el pobre Chantraine... ya me entiendes.

JULIA. ¿Recuerdas lo que pronostiqué cuando me anunciaron la boda?

BREAU. Sí.

JULIA. Pues, hijo, lo que entonces pronostiqué se ha cumplido... Pero sobrepujando aún mis mis pronósticos.

BREAU. ¡Valiente!

JULIA. ¿Por qué valiente?

BREAU. Porque si Chantraine se llega á enterar...

JULIA. ¡Cándido! Un hombre que ha hecho lo que Chantraine hizo con su primera mujer, no puede siquiera sospechar de la segunda. (Señalando á Chantraine que habla con un invitado.) Además, mírale... fíjate en esa cara risueña, en ese aire satisfecho... en esos ojos abiertos, abiertos á todo... y recuerda que las personas que tienen más abiertos los ojos son los ciegos.

BREAU. ¿Y quién es el felíz mortal? ¿Langlade?

JULIA Torpe. No se te ocurra repetir eso por ahí; á mi derecha. (Señalando al lado opuesto.) Saint-Brillart.

BREAU. (Volviéndose.) ¿Saint-Brillart? ¡Vamos, mujer! Si no se han dirigido la palabra en toda la noche.

JULIA. ¡Toma! Porque se lo habían dicho todo antes de venir aquí.

(Entran por el fondo Henon y su mujer.)

BREAU. (Viéndolos.) Mira, Henon, el catedrático á quien he prometido hace dos años sacarle de no sé qué provincia.

JULIA. Claro, habrá sabido que te van á encargar la Instrucción y por eso viene.

BREAU. Pero, mujer, ¿cómo me van á dar la Instrucción, si yo no sé nada?

PAUL. Señora, ¡qué fiesta tan agradable!

HENON. Señora, señor Breautin...

JULIA. ¿Qué tal? Siempre aburridos en esa ciudad tan vieja.

PAUL. Uno de nuestros mayores disgustos allí es no poder ver á usted.

JULIA. ¡Aduladora! Deje, deje usted que subamos y ya verá.

HENON. No sé cómo darle las gracias.

JULIA. ¿Conoce usted á Lamirené, uno de nuestros amigos más antiguos?

HENON. ¿Que si le conozco? ¡Ya lo creo! ¿Cómo va?

LAMIR. (Señor de edad.) Buenas noches. ¿Qué tal, mozalbete? ¿Venimos á intrigar, eh? ¿á hacer la corte á los poderosos del día?

HENON. Qué quiere usted, allí donde fueres... dice el refrán...

LAMIR. No, no... y no vale decir que es una barbaridad... Esta vez parece que tiene bien cogida la cartera.... Después de todo, ¿por qué no ha de serlo ya? Talento... no tiene... pero en cambio tiene un porvenir... un porvenir... Me acuerdo cuando estudiábamos juntos en el colegio... ya prometía entonces mucho...

LAMIR. (Con amargura.) ¡Y sigue prometiendo, sigue prometiendo!...

(Continúan los tres hablando hasta levantarse y confundirse con la gente que circula por los salones.)

LANG. Aquí viene Limeray.

JULIA. (Mirando hacia el fondo y dirigiéndose á su marido.) ¡Limeray!

(Julia se vuelve para hablar con un grupo de invitados que se habrá acercado á ella, mientras Breautin se dirige al encuentro de Limeray, que se separa de sus interlocutores para estrechar la mano de Breautin.)

BREAU. (A Limeray.) Querido Limeray, ¡si supiera usted la impaciencia con que le aguardábamos!

LIMER. (A Julia Breautin.) Á los pies de usted, señora.

(Saluda á varios invitados, que le dejan sólo con Breautin y su mujer.)

BERTA. (A Saint-Brillart.) ¡Qué recibimiento!

S.-BRI. ¡Ni el del hijo pródigo! ¿Sabe usted si para celebrar el acontecimiento han matado ovejas ó borregos?

BERTA. Calle usted... que le va á oir la señora de la casa.

S.-BRI. La señora de la casa no se ocupa más que del cuerpo de su vestido. Mire usted cómo se mira en el espejo con el rabillo del ojo... y la verdad es que...

BERTA. Sí, el escote es un poco atrevido... pero qué quiere usted... es el defecto de Julia... la pobre no sabe guardar un secreto.

S.-BRI. Ó no puede...

JULIA Vamos. Estará usted contento. Una absolución que equivale á un triunfo.

LIMER. Estoy muy satisfecho, sobre todo por Langlade, de quien me han hablado con aprobación en altas regiones.

JULIA. ¿Ha visto usted á muchos amigos?

LIMER. Esta mañana por casualidad encontré á un personaje de los más caracterizados, que me felicitó discretamente, añadiendo con una sonrisita: «A ninguno nos ha sorprendido, porque lo teníamos descontado».

JULIA. (A Breautin.) ¡No se puede hablar más claro!

BREAU. (Sin comprender una palabra.) No, no se puede, ¡claro!

JULIA. Y ahora ¿qué va usted á hacer?

LIMER. ¿Ahora? ¡Ah! Pienso lanzar mi nueva emisión. Nunca encontraré un reclamo semejante. Nada más que con los que me han arrastrado por el lodo tengo suficiente para cubrir el capital veinte veces.

JULIA. Lo que hay que hacer es aprovechar el ruido, aumentarle, si es posible.

LIMER. ¿Qué le parecería á usted una gran fiesta con motivo de la inauguración de mi nueva casa?

JULIA. Sí, sí... Buena idea.

LIMER. Por supuesto, convidando á todo el mundo (Con intención.) A los amigos antiguos... y á los nuevos.

JULIA. Sobre todo, á los nuevos. ¡Si usted supiera los deseos que tenía de conocerle, desde mucho antes que ocurriese esta broma! Siempre se lo dije á mi marido, ¿verdad? ¿Sabe usted á quién debe convidar también? A los Darlay.

LIMER. Con mucho gusto. ¡Precisamente estimo mucho á Mauricio!

BREAU. Yo también... Es un ángel...

JULIA. ¿Un ángel? ¡Si supieses lo que va diciendo por ahí de ti, de mi salón y de nuestros amigos! (Limeray se aleja.)

BREAU. Chismes.

JULIA. Pues eso es lo que es más temible. Des-

precia la calumnia, pero ten cuidado con los chismes; perdona un insulto, pero no pases nunca por una falta de educación. Es la única manera de hacerse respetar.

BREAU. Me ha entrado curiosidad de saber qué te han podido contar.

JULIA. Ya sabes que Mauricio es íntimo de Norbert. Pues el otro día, estando en su casa, dijo hablando de ti: ¿Breautin? Breautin es un imbécil.

BREAU. ¿Un imbécil? ¿Y qué contestó Norbert?

JULIA. Se echó á reir... ¿No te importa? Pues mira; otra amabilidad como esa y te quedas sin Instrucción.

BREAU. ¿Sabes lo que debías hacer con los Darlay? Convidarlos menos á menudo.

JULIA. Al contrario, hombre... Además, tengo interés en que Mariana Darlay forme parte de mi salón. Representa un elemento, una categoría de señoras, que me hace falta...

BREAU. ¿Se puede saber qué categoría es esa?

JULIA. La categoría de señoras sobre las cuales no puede decirse aún nada de malo.

BREAU. ¿Por qué recalcas el aún?

JULIA. Mira, haz el favor de traerme á Langlade. Necesito hablarle. Después paséate por los salones. Si te preguntan, no contestes más que cosas vagas y mueve la cabeza, así, de alto á bajo... Es un movimiento que siempre te resulta bien.

PAUL. ¿Pero es verdad que tiene usted á Langlade aquí y yo no lo sabía?

JULIA. Sí, sí... mírele usted... Pero le pido mil perdones si no se le presento en seguida, tengo que darle un recado. (Langlade se adelanta. A Langlade mientras Breautin se aleja con Paulina Henon). Conque ¿qué tal? ¿Está usted satisfecho del éxito? Me parece que no se quejará usted.

LANG. Sería muy exigente. ¡Si viera usted cuántas veces me he acordado de las conversaciones que hemos tenido juntos! Una parte de mi triunfo se le debo á usted... y lo que es el final de mi discurso es de usted... completamente de usted.

JULIA. Pero, hombre, si aún no estamos más que al principio. Ya verá usted... tengo el mayor interés en verle subir alto, muy alto.

LANG. Señora...

JULIA. Y espero demostrarle muy pronto la verdad de estos deseos. Por de pronto, esta noche pienso presentarle varias personas influyentes...

LANG. No sé cómo agradecer á usted tantos favores...

JULIA. Olvidándolos. Y ahora, á divertirse, puesto que está usted en la edad, á hacer la corte á mis invitadas bonitas... y en especial á la más bonita de todas...

LANG. (Sonriendo) ¿Quién es la más bonita?

JULIA. Usted es mejor juez que yo.

LANG. Si me exigiera usted una elección, me pondría en un compromiso.

JULIA. Amigo Langlade, es usted aún muy joven. Pero acuérdese siempre de lo que voy á decirle. Algunas veces se ha arrepentido la gente de haberme ocultado un secreto, nunca de habérmelo confiado.

LANG. Desgraciadamente, yo no tengo ningún secreto que ocultarle, y menos con la persona que tanto usted como yo nos esforzamos en no nombrar.

JULIA. Sí, ¿eh?

LANG. Le doy á usted mi palabra de honor de que nunca he dicho una palabra delante de Mariana Darlay que no haya podido repetir ésta delante de su marido. Además, le soy muy antipático. Eso lo ve cualquiera.

JULIA. *Le era* usted muy antipático. Es cierto.

LANG. *¿Le era?...* ¿Y ahora?

JULIA. Ahora... tal vez se lo sea usted menos que antes... ¡oh! un poco menos, nada más que un poco menos.

LANG. No se moleste usted. Creo que Mariana está enamorada, pero lo que se dice, enamorada de su marido.

JULIA. En efecto, todo hace creerlo así. En fin, sea como sea, yo la estimo muchísimo. Es inteligente, apasionada, capaz de triunfar

en cuanto se proponga. Para un ambicioso, hubiera sido la mujer ideal. Por desgracia su marido no la comprende, se burla de ella... y de esa diferencia de caracteres nacen los disgustos, alejamientos... que puedan presentarse un día ú otro... si no se han presentado ya...

LANG. ¿Cree usted?...

JULIA. (Viendo á Mariana que se adelanta hacia ella.) Nada, nada. Supongo que no abusará usted de mis indiscreciones.

LANG. Me costará muy poco ser discreto, porque Mariana ni siquiera me ha dirigido la palabra esta noche.

ESCENA II

Dichos Mariana.

MAR. (Alegremente á Langlade.) ¿Á que no sabe usted en qué venía pensando? En que quizás soy la única persona que aún no ha felicitado á usted. Le he visto tan festejado, en tan buena compañía, que no he querido molestarle y he aguardado pacientemente que me llegará el turno. Pero pregunte usted á Julia mi opinión sobre su talento, pregunte... y además tenga la seguridad de que si mi enhorabuena es la última, por lo menos es sincera, cosa que no ocurrirá á la mayor parte de las que esta noche han llegado á sus oídos.

JULIA. (Á Langlade.) Vamos. ¡Quéjese usted ahora, hombre! Calle... mi marido que me hace señas. Sí, me parece que está pidiendo socorro... sí, sí, no hay duda, voy... (Á Mariana y Langlade.) ¿Me perdonan ustedes si les dejo solos un momento?

ESCENA III

Langlade, Mariana.

MAR. (De buen humor.) ¿Conque parece que se quejaba usted? ¿Y las quejas eran de mí?

LANG. ¡Por Dios, señora! Le aseguro á usted que no acierto á contestarle. Mi única disculpa consistirá en ser franco. Sí...ya lo dije, sí... me tenía usted desconsolado. No sé por qué. ¡Tonterías! Me figuraba que había molestado á usted, que la había ofendido, sin darme cuenta... Además, como sabía que tenía usted muy mala opinión de mí...

MAR. ¿Quién ha sido capaz de inventar eso? ¿Julia? No, no es posible...

LANG. No, no me lo han dicho... lo he averiguado yo solo... lo he sentido... desde el primer momento.

MAR. ¿Y quiere usted hacerme el favor de decir en qué lo ha adivinado usted?

LANG. Las mujeres, sobre todo las mujeres como usted, manifiestan su simpatía ó su antipatía, aun contra su voluntad, por señales misteriosas, por movimientos imperceptibles, de que ellas mismas no se enteran, pero que las personas observadoras perciben en seguida.

MAR. Entonces... resulta que hace mucho tiempo que está usted ofendido ó, por lo menos, picado conmigo, y... yo... sin...

LANG. Resentido lo estuve... hasta descubrir que no era verdad lo que pensaba, y entonces fué tan grande mi alegría, tanto, que casi celebré el haber dudado por el placer de esperar que, tarde ó temprano, llegaría á merecer la amistad y el aprecio de usted.

MAR. ¿Quiere usted que acabemos de ser francos los dos? Pues no quiero hacerme la hipócrita. No es mía la culpa. En sociedad ya sabe usted lo ligeramente que juzgamos á las personas. Una voz que nos desagrada,

una palabra que nos resulta pretenciosa ó inconveniente... y no se necesita más para poner á una criatura como un trapo. (Alargándole la mano.) ¿Me guardará usted rencor?

LANG. ¡Si supiese usted la alegría que me proporciona! Por estrechar su mano, como ahora lo hago, hubiese dado, de buena gana, mi pobre triunfo de ayer y todas las vulgaridades que desde entonces he oído.

MAR. ¡Caramba! ¡Vaya un apretón de manos caro!

LANG. (Acercándose.) ¡Qué rara es la vida! ¡Cómo vienen las cosas! Por fin logro este instante de confianza, de intimidad con usted, que acecho desde hace tanto tiempo, y en el que ya no esperaba, no... y, sin embargo, ya ve usted... esta noche... le tengo... es mío...

MAR. Cuidado... cuidado... no corra usted demasiado ni pasemos de los límites de la conversación amistosa. Además, voy á hacerle á usted una advertencia que podrá serle útil en adelante, si persiste usted en la idea de continuar siendo mi amigo. Profeso un verdadero horror por ese conjunto de combinaciones, más ó menos falsas, por esa estrategia de salón y por toda esa serie de cumplimientos eternos y fatigosos que se conocen bajo la denominación general de «hacer la corte á una mujer». Procure usted no hacerme la corte y se lo agradeceré con toda mi alma.

LANG. ¡Qué razón tiene usted! ¡Quién ha de ser bastante osado para molestarla con vulgares galanterías! El hombre que la quisiera á usted no se atrevería jamás á confesárselo, y si lo hacía, debería hacerlo sin rodeos ni estratagemas, utilizando como única arma y como única defensa la sinceridad de su pasión. Usted le rechazaría, sí, pero seguramente no podría despreciarle...

MAR. No, no le despreciaría, porque estoy convencida de que en este mundo nadie debe despreciar á nadie. Pero no le volvería á ver, y el resultado sería igual.

LANG ¿Y si esa persona no le pidiera á usted más que una cosa sencillísima? ¿que le oyese un momento?

MAR. Si no me pidiera más que eso, le contestaría: «*Mi querido Langlade: Casi, casi éramos ya buenos amigos. Principiaba á tener mucho gusto en hablar con usted. Si sigue usted por ese camino, si añade usted una palabra más va usted á echarlo todo á perder, se lo aseguro á usted, y le confieso que sería una lástima*».

LANG. (En voz más baja.) ¡Sea! No volveré á ver á usted... ¡Peor para mí! Acaso sea esa la catástrofe que es preciso que todo hombre sufra en la vida. Pero, por lo menos, le habré dicho una vez que la quiero, que la quiero locamente, y se lo habré dicho con tanta sinceridad, con un dolor tan inmenso, que aunque usted misma lo procure, no le será posible olvidar mis palabras en algún tiempo.

MAR. Si tuviese algún remordimiento, me lo quitaría la certidumbre de que usted lo olvidará tan pronto como yo... Tiene usted demasiada ambición para soportar amores tempestuosos y sobre todo dolorosos, como serían esos con que sueña. El mismo corazón no puede contener el amor y la ambición.

LANG. Al contrario. Toda ambición que no nace de un gran amor, merece el desprecio de los hombres. Es una verdad en que creo desde que conocí á usted, porque entonces fué cuando la ambición y el cariño se me revelaron juntos. Mi primer éxito, á usted se lo debo. Se lo debo á mi amor. Sí... sí... es verdad, soy ambicioso y querría que continuasen mis triunfos. Mi sueño es la gloria, la fortuna; pero gloria, fortuna, triunfos, todo, es nada, si cuando se tienen no pueden arrojarse á los pies de una mujer! Si no puede decirse á ésta: «¡Mientras la gente me aplaudía, sólo te veía á ti entre la muchedumbre! ¡Si hablo

con elocuencia, es porque tú eres mi pensamiento y mi entusiasmo! ¡Si es verdad que gobierno á los hombres, también es verdad que no soy más que un pobre juguete entre tus manos!»

MAR. ¡Cállese usted!

LANG. ¡La quiero á usted! ¡La adoro! ¡Usted lo ha adivinado hace mucho tiempo! Sí, sí... y todo desaparece delante de mí ante la esperanza de que usted me quiera un día... Mariana... sólo, sólo esa esperanza. .

MAR. (Turbada.) ¡Cállese usted, cállese usted!

LANG. Mi vida es de usted, le pertenece como una cosa, como un objeto cualquiera. Acéptela... recházela... destrúyala... es lo mismo... siempre seguirá siendo suya (Inclinándose al ver que alguien llega.)

ESCENA IV

Dichos, Norbert, después **Julia Breautin,** después **Mauricio.**

NORB. ¡Mariana! ¡No la había conocido!

MAR. ¿Qué tal, Norbert?

NORB. ¿Y Mauricio? Aún no le he visto...

MAR. Le espero de un momento á otro. (Mirando á Langlade y Norbert que se examinan.) ¿No se conocen ustedes? El señor Langlade...

NORB. Mucho gusto... (Se estrechan la mano Julia Breautin entra por la derecha.)

JULIA. (A Langlade.) Precisamente le buscaba á usted para presentarle á Norbert. Pero veo que ya lo ha sido por quien tiene más derecho que yo... (Mirando á Mariana.) Justicia, justicia seca.

MAUR. (Entrando por la izquierda al acabar estas palabras. Se acerca á Julia Breuatin.) Mi querida amiga, siento tanto no haber podido venir antes...

JULIA. Usted haciéndose desear siempre.

MAUR. (A Norbert.) ¡Hola!

NORB. Justamente preguntaba por ti.

MAUR. (Estrechando la mano á Langlade.) ¿Recibió usted mi tarjeta?

LANG. Y le doy las gracias por ella.

MAUR. Me fué imposible asistir á la audiencia, pero todo el mundo asegura que estuvo muy bien. (Langlade se inclina sin responder.)

JULIA. ¡Basta de enhorabuenas, señores! Me llevo al triunfador (A Norbert) y á usted también... me llevo á los dos.

NORB. A sus órdenes. (A Mariana.) Usted permite...

MAR. Vaya usted, vaya usted...

LANG. (Tendiendo la mano á Mauricio.) Si no tengo el gusto de volverle á ver...

MAUR. Aún, nos quedaremos un rato. Es decir, si Mariana quiere...

MAR. Como prefieras. (Langlade le saluda y se aleja con Julia Breautin.)

NORB. (Volviendo riéndose, á Mauricio.) Díme, ¿sigues pensando lo mismo sobre Breautin?

MAUR. Cuando llego á casa de alguien, cambio inmediatamente de opinión sobre su persona. Breautin es un hombre genial.

NORB. (Riéndose.) ¡Bravo, bravo! (Se marcha.)

ESCENA V

Mauricio y Mariana

MAUR. Espléndida fiesta.

MAR. Muy animada.

MAUR. Oye... ¿Fuiste tú quien presentó Langlade á Norbert?

MAR. Sí; la cosa vino tan rodada que...

MAUR. ¡Pero si no tiene nada de particular, mujer. Y ¿qué tal la comida? ¿Ha estado bien? ¿Habéis derribado al Ministerio?

MAR. En la mesa, no.

MAUR. Ya... (Mirando la gente que pasa y circula por el fondo.) pero debe estar al caer... ¡Qué talento el de esta mujer! Mírala, mírala: una pala-

bra al oído de Norbert, una seña discreta á Langlade .. un guiño á Limeray... sin que tanta ocupación le impida cumplir con sus deberes de ama de casa... ¡Oh!... Entrada sensacional de Eugenia Milmont, entre su hijo y su hija; respetable señora que viene á buscar un marido para la hija y una mujer casada para el hijo... ¡Parece mentira que te diviertas entre esta gente! ¡Hágase tu voluntad!

MAR. ¡Qué bien sabes hacer los deshonores de la casa! Pero si tan enterado estás de todo, ¿cómo es que te olvidas de la última historieta? Verdad es que, según dicen, la única víctima de ella es tu mejor amigo...

MAUR. ¿Chantraine?... ¿Qué dicen de él? ¡Ah, sí... ya me figuro! ¡Si supieses el asco que me producen esos chismes! ¡Mariana, Mariana, aún es tiempo... quizás no lo sea dentro de poco! Reflexiona, no adoptes el tono de esta casa... y piensa además que Chantraine es una criatura deliciosamente bondadosa, á quien tratar de molestar sería un crimen...

MAR. Sí, sí... es muy amable... tienes razón... ya siento lo que te he dicho... pero la cosa no tiene importancia; además, probablemente será falsa.

MAUR. Ten la seguridad.

MAR. (Volviéndose hacia Chantraine, que entra con su mujer por el fondo.) En todo caso, como él no sospecha nada, viene á ser lo mismo... ¡Feliz el que no sabe lo que le ocurre!...

ESCENA VI

Dichos, Chantraine y Lucía Chantraine

CHANT. Buenas noches, Mauricio...

MAUR. ¿Qué tal? ¿Cómo va?

LUCÍA. ¿Sabe usted que no es muy amable esto de venir tan tarde? Además, me alegro de

poder decírselo delante de mi marido, no es usted nada galante conmigo. Esta tarde nos hemos encontrado... sí... yo iba en coche..., ¿no se acuerda? y ni siquiera se ha dignado usted saludarme.

MAUR. ¿Era usted? Pues palabra que no la he conocido.

CHANT. (A su mujer.) ¿Y á dónde ibas, monina?

LUCÍA. (Riendo.) Eso no se pregunta á una mujer como yo, ni le importa á un marido como tú.

CHANT. ¡Bueno, bueno!

LUCÍA. (A Mariana.) Venía á buscarla á usted de parte de la dueña de la casa...

MAUR. ¡Imposible hacerla esperar!... ¿Y á mí también viene usted á buscarme?

LUCÍA. A usted no... nos basta con su mujer... (A Mauricio.) Venga usted, venga usted... verá usted qué proyecto tan divertido.

ESCENA VII

Mauricio, Chantraine; después, un instante, **Lucía Chantraine.**

CHANT. Si no le llego á ver á usted esta noche, pensaba escribirle pidiéndole hora en su casa... Pero ya que ha venido usted...

MAUR. ¿Tiene usted algo que decirme?

CHANT. Sí.

MAUR. ¿Algo... grave?

CHANT. ¡Grave! Eso depende del punto de vista en que se coloque cada uno...

MAUR. ¿Y no puede usted decirme en dos palabras de qué se trata?

CHANT. Sí... primero le voy á hablar de mi humilde persona...

MAUR. (Con interés.) ¿De usted?... Venga, venga...

CHANT. Me va usted á encontrar ridículo.

MAUR. No... no... Hable usted.

CHANT. Qué quiere usted, es tan grande la amis-

tad que le profeso, que no temo ni siquiera el ponerme en ridículo delante de usted. Además, necesito confesarme con alguien, contarle á alguien... en fin... va usted á comprenderlo todo... en seguida... querido Mauricio... Mi mujer me engaña.

MAUR. ¡Pero qué locuras se le ocurren á usted!

CHANT. No, no insista usted. Tengo la seguridad. Me engaña con Saint Brillart... ¿No le conoce usted?... Un muchachito que está allí... al extremo del salón... hablando con Langlade...

MAUR. Le conozco... pero no sé cómo puede usted sospechar...

CHANT. Cuando esta tarde encontró usted á Lucía iba á su casa.

MAUR. ¡Oh!...

CHANT. O salía de su casa, que también es posible. ¿Dónde la encontró usted?

MAUR. No sé... apenas si recuerdo...

CHANT. Dígalo usted, hombre... sin apurarse... ¿No ha visto usted la frescura con que hace un momento lo ha contado Lucía delante de mí?

MAUR. Ya caigo... sí... Lucía iba en coche por la avenida de los Campos Elíseos... ya ve usted que...

CHANT. ¿Subía hacia el arco de la Estrella, ó bajaba?

MAUR. Creo que bajaba.

CHANT. Entonces sí... No iba, venía de casa de Saint Brillart.

MAUR. (Queriendo echarlo á broma.) Si todas sus pruebas son como esa...

CHANT. Tengo otras... que no me permiten dudar...

MAUR. Querido Chantraine... me deja usted estupefacto...

CHANT. Cuando descubrí el enredo me dejó aún más estupefacto que á usted. Después... sin poderlo remediar, sufrí... sufrí horriblemente, ¡palabra! ¿Qué quiere usted? Estaba escrito. Tal vez... y le doy á usted esta explicación por lo que valga; en toda mujer que amamos se esconde un adver-

sario, un adversario secreto. Y no hay remedio, es preciso vencerle ó ser vencido por él. Unas veces es la mujer quien triunfa, otras veces es el hombre, pero siempre, siempre hay una víctima.

MAUR. ¡Pobre Chantraine! ¿Y qué piensa usted hacer ahora?

CHANT. ¿Yo? ¡Si no puedo hacer nada! Esa es quizá la parte más triste de mi caso: no es cosa de empuñar de nuevo el revólver y disparar otros tiritos, ¿verdad? La gente diría que estaba loco. Me encerrarían y tendrían razón... ¿Divorciarme? Sólo la idea de volver á hablar nuevamente de mí á la gente me horripila. ¿Pero cómo? ¿Chantraine se divorcia?... ¿El Chantraine de?... Sí, sí... justamente... ese Chantraine... ¿Pero se había vuelto á casar? Entonces se ha comprendido que todo se queda para él... y las alusiones, los chistes... ¡Ay, Mauricio, Mauricio! Ahora es cuando me acuerdo de sus palabras... El hombre á quien ha sucedido lo que me ha sucedido á mí y que se vuelva á casar es un necio. Y, sin embargo, mire usted... no es precisamente cólera lo que siento, es una especie de aniquilamiento... de imposibilidad material de acción... No, no... no es posible hacer nada. Cada persona tiene derecho en su vida á un escándalo, pero nada más que á uno.

LUCÍA. Oye... díme una cosa ..

CHANT. ¿Eh?... ¿qué?... ¿eres tú?...

LUCÍA. Sí... soy yo... ¿qué te sucede?

CHANT. Nada, nada...

LUCÍA. Figúrate que Julia ha organizado un bailecito en el salón Imperio... ¿Me permites dar unas vueltas? Nada más que dos ó tres.

CHANT. Todas las que quieras... ¡con tal que no pierdas el compás!

LUCÍA (Acercándose á él y tocándole al hombro). Gracias, gracias... eres un marido único. (Vase.)

CHANT. ¡Ya lo ve usted! ¡No es posible hacer nada! Pero no hablemos más de mí, que soy cosa perdida. Cuando mi mujer se harte de

Saint Brillart aceptará otro... y después un tercero... y así sucesivamente. Porque aquí encontrará cuanto quiera, y la especie no lleva traza de acabarse... ¡Peor para mí! debí presumirlo... Ahora, amigo mío, óigame usted y no tome á mal lo que voy á decirle...

MAUR. (Interesado.) ¿Qué ocurre?

CHANT. (Vacilando.) La cosa es delicada, lo sé. Pero yo considero la amistad no sólo como un placer, sino como una carga... que tiene sus obligaciones y sus responsabilidades.

MAUR. Vamos, hable usted.

CHANT. Voy, voy... Mire usted, á la primera oportunidad que se le presente, disgústese con la dueña de esta casa... y... con todas las personas que aquí vienen, salvo, naturalmente, conmigo.

MAUR. ¡Ah!

CHANT. (Con energía.) No existe reputación de mujer. ¿Usted me entiende? Ni una sola, capaz de resistir á esta vida, á este medio, á estas conversaciones. Mariana, que es la señora más irreprochable de cuantas conozco, se verá, quizás sin darse cuenta, comprometida como las otras.

MAUR. Siga usted, siga usted... ya ve que no le detengo.

CHANT. Hace un instante, charlaba aquí, en este mismo sitio, con Langlade, y charlaba... como puede hacerse en un salón con una persona cualquiera... Dos señoras... de esas... la observaban con el rabillo del ojo y comenzaron á hablar de ella, con tal ligereza, en unos términos... que de buena gana las hubiese abofeteado. Y no tiene nada de extraño. ¡Las pobres encuentran tan natural la cosa! Trataban á Mariana como á una de tantas... Reflexione usted, pues, á lo que se expone y á lo que expone á su mujer. Le hablo á usted sin rodeos, pero con todo mi corazón, con la profunda amistad que me inspira usted y con la completa lucidez que sobre estas cuestio-

nes me proporcionan mis aventuras personales.

MAUR. ¡Pero hombre, si no sabe usted cómo se lo agradezco! ¡Si todo lo que me acaba usted de decir estoy harto de saberlo! Más de cien veces he hecho el firme propósito de no volver á poner los pies en esta casa, y después... después he acabado por ceder... por entregarme. ¡Pero lo que es ésta, no! ¡Ah, no... ésta... ya es demasiado! (Entran Limeray y Mariana, mientras Chantraine se marcha.)

ESCENA VIII

Limeray, Mauricio y **Mariana.**

LIMER. ¡Querido Mauricio, cómo me alegro de verle! ¿Cuento con usted el jueves que viene, verdad? Mariana me lo ha prometido...

MAUR. (Muy frío.) ¿El jueves que viene? ¿Qué ocurre el jueves que viene?

LIMER. Un banquete, digo una comida, para inaugurar mi nueva casa.

MAUR. Dicen que es una maravilla...

LIMER. No está mal. Después de comer, tendremos algunas sorpresas. En fin, creo que no se aburrirán...

MAUR. ¡Qué se han de aburrir!...

LIMER. Entonces es cosa arreglada, ¿verdad?

MAUR. Lo que es yo por mi parte... pero ¿no le ha dicho á usted Mariana?...

LIMER. No... ¿Qué?

MAR. ¿Cómo quieres que le dijera, si no sabía...

MAUR. Nos marchamos de París mañana, ó pasado mañana, á más tardar.

MAR. ¡Ah!

MAUR. Sí; nos proponemos pasar el verano en nuestra casa de campo... como todos los años.

LIMER. Pero si aún no estamos en verano.

MAUR. Es verdad, pero hemos adelantado el viaje... Siento mucho...

LIMER. Hombre, hombre... Vamos á ver, ¿no podrían ustedes retrasar el viaje ocho días?

MAUR. Imposible.

LIMER. ¡Qué fastidio!

MAUR. Crea usted que yo lo siento aún más. De todos modos, muchas gracias.

LIMER. ¿De qué? Lo aplazaremos pora el invierno.

MAUR. Eso es, para el invierno. Hasta la vista...

LIMER. Hasta la vista. (Vase.)

ESCENA IX

Mauricio, Mariana.

MAR. (Secamente.) ¿Cuándo has decidido todo eso?

MAUR. Hace un momento.

MAR. ¿Y se puede saber... por qué razón?

MAUR. Por muchas... entre otras... por mis estudios. El primer tomo de mi obra está á punto de publicarse y es menester corregirla, darle la última mano. Para hacerlo bien, necesito estar tranquilo.

MAR. ¿Y... esas correcciones no puedes hacerlas aquí?

MAUR. No.

MAR. ¿Es esa tu única razón para marcharnos al campo á principios de Mayo, dos meses antes de la época de costumbre, cuando todo el mundo principia aquí á animarse? ¿No tienes otros motivos?

MAUR. Sí, los tengo.

MAR. ¡Ah! ¿Tienes otros motivos?

MAUR. Sí.

MAR. ¿Pueden saberse?

MAUR. Cuando lleguemos á casa te los diré.

MAR. ¿Y por qué no me los dices ahora mismo?

MAUR. Si te empeñas...

MAR. Con toda mi alma.

MAUR. Sea. En primer lugar, no quiero ir bajo ningún pretexto á casa de Limeray y tampoco quiero, como es natural, que vayas tú sin mí.

MAR. ¿Por qué razón?

MAUR. Porque las personas de cierto carácter, de cierta posición y de cierta... honradez, como yo, por ejemplo, no tratan con intimidad á Limeray y sobre todo no llevan á su casa á sus mujeres. A casa de Limeray puede uno llevar á su querida, y eso cuando la ha conocido la víspera, por casualidad.

MAR. Limeray ha sido absuelto en condiciones bastante notorias; me parece que es bastante.

MAUR. Ha sido absuelto por el jurado, pero no lo ha sido por mí, porque lo que es yo, hace mucho tiempo que le he condenado por unanimidad. Si quiere gente en su casa, que convide á los jurados, no seré yo quien les impida ir. Aparte de que seguramente comerán ese día en su mesa cuatro ó cinco de sus jueces...

MAR. Julia Breautin va también.

MAUR. Eso sólo le importa á su marido, ó por mejor decir, eso no le importa nada.

MAR. Si piensas así, ¿por qué vienes á esta casa? ¿No ves que te contradices?

MAUR. Es cierto. Por eso te prometo que no vendré en adelante.

MAR. ¿Que no vendrás aquí?

MAUR. Nunca. Se acabó.

MAR. ¿Y yo?

MAUR. ¿Tú? Tampoco.

MAR. ¿De veras?

MAUR. Tan de veras. Dentro de un rato daremos las buenas noches á los dueños de la casa, muy finamente, todo lo finamente que es posible dar unas buenas noches, y transcurrido ese instante, no nos volverán á ver, ni ella ni él. La eximia Julia me criticará despiadadamente, cosa que me tiene sin cuidado, y de resultas de mi grosería nos pelearemos, adorable final de nuestras amistades con que sueño hace mucho tiempo. Te aseguro que el único á quien echaré de menos será á su marido, que me hace reir;

pero continuaré enviándole tarjetas cada vez que sea ministro en un partido diferente. Y en lo que toca á nosotros, reanudaremos nuestra vida acostumbrada, que recordarás era de las más soportables. Con este sistema te evitas el enojo de venir aquí cada ocho días, de asistir al desarrollo de intrigas ridículamente pueriles, y de perder poco á poco tu buen sentido y... quién sabe si algo más irreparable... ¿Estás satisfecha?

MAR. ¿Y por qué me dices todo esto hoy, esta noche... y no me lo has dicho ayer ú otro día cualquiera?

MAUR. Desde hace tres meses te lo digo y te lo repito en cien formas distintas. Desde que tu amistad con Julia Breautin, que se reducía á dos ó tres visitas al año, se va convirtiendo en intimidad. No has querido comprenderme; por eso me decido á emplear la violencia.

MAR. El emplear la violencia con la mujer propia es cosa grave. Y tú... no... mira... es grotesco... tú... estás celoso... sí, sí... estás celoso... confiésalo, hombre, confiésalo ahora mismo. ¡Celoso! ¿Y se puede saber qué motivo te autoriza para sentirte celoso? Cítame un hecho, una palabra, cualquier cosa, en toda mi vida.

MAUR. No, no estoy celoso, ni de Langlade ni de ningún otro... Los celos valen tanto como el miedo. Yo tengo confianza en ti y estoy seguro de que me quieres .. no, no te rías... quizás en este momento no me quieres, pero aún tenemos por delante mucho tiempo.

MAR. ¿Y si no aceptara yo el hacer una grosería á unos señores que se han portado siempre admirablemente conmigo y contigo, que pertenecen á nuestra clase y entre los cuales me divierto? Si no encontrara suficientes las razones que me das, ¿qué ocurriría entonces?

MAUR. Ocurriría que de todas maneras se ejecu-

taría punto por punto lo que acabo de explicarte. Fíjate: no soy sólo tu amante, no, soy también tu marido, es decir, además del amante, el amo, el juez supremo que decide en última instancia el género de existencia que se debe adoptar. Y por lo que á mí toca, te juro que no te convertirás en una mujer superior por el estilo de Julia Breautin. ¡O dejaré de ser quien soy!

MAR. Y yo, á mi vez, te juro que en este momento cometes una tontería; sí, una tontería, ¡pero de las más grandes!

MAUR. ¡Eso ya lo veremos!

ESCENA X

Dichos, Breautin, Julia Breautin, Limeray, Langlade.

JULIA. ¡Mariana! ¿Qué novedad es esa? El viaje... el campo... no nos resignamos... ¿Qué van á hacerse nuestros proyectos de veraneo?

MAR. (Después de haber mirado á Mauricio.) Pero Julia, ¿qué más da? Nuestra posesión está muy cerca de París. Vendré por lo menos dos veces á la semana, y ustedes vendrán también á vernos muy á menudo, ¿verdad? (Viendo que Mauricio frunce el ceño.) Pasaremos todo el día juntos...

JULIA. ¡Qué mejor fiesta!

MAR. (Á Mauricio.) ¿Verdad, Mauricio?

MAUR. (Mordiéndose el bigote.) Sí... ¿Por que no?

MAR. Breautin es un gran pescador... mi marido se vuelve loco en cuanto ve un pez.

BREAU. ¡Magnífica idea!

MAR. (A Limeray.) Querido Limeray, excuso decirle que contamos con usted. Nada, nada; no admito pretextos.

LIMER. Muy amable y muy reconocido.

MAR. ¿Ves qué pronto se arreglan las cosas?

MAUR. (Conteniéndose.) En un momento... pero...

(Mirando á Langlade, que entra por el fondo) me parece que debes convidar también á Langlade. Me figuro que no le olvidarás, ¿eh?

MAR. (Turbada.) Sí, pero...

MAUR. Amigo Langlade, mi mujer ruega á usted que venga el próximo domingo á almorzar con nosotros en el campo. ¿Es usted aficionado á la pesca?

LANG. Mucho.

MAUR. Bueno, pues pescará usted con Breautin.

LANG. Gracias, Darlay, muchas gracias...

MAUR. No hay de qué... Conque... hasta muy pronto.

LANG. Hasta muy pronto... (A Mariana.) Á los pies de usted, señora.

JULIA. (Á Mauricio, que hace un movimiento para retirarse.) ¿Se marcha usted sin tomar nada?

MAUR. Le aseguro á usted que lo siento con toda mi alma...

JULIA. Entonces, hasta uno de estos domingos...

MAUR. (Á Langlade.) No lo olvidará usted, ¿verdad, Langladé? (Aparte á Mariana, preparándose á salir y en tono festivo.) ¿Lo ves? Niega ahora que soy un jugador sereno...

MAR. (Medio encolerizada.) Sí... pero los jugadores serenos... ¿sabes? los jugadores serenos pierden también... como los otros.

MAUR. (Sonriendo.) Es verdad, pierden hasta el alma, pero, por lo menos, no se les conoce en la cara.

TELÓN

ACTO TERCERO

EN LA CASA DE CAMPO DE LOS DARLAY

La escena representa un vasto salón de verano, terminado por grandes vidrieras que dan al parque. Muebles muy elegantes.

ESCENA PRIMERA

Mariana, Simona Grecourt.

SIM. ¿Llegaron todos tus invitados?
MAR. Sí. ¿Quieres venir á saludar á Julia?
SIM. No; ya la veré después. Tengo que arreglar mi equipaje.
MAR. ¿Pero de verdad te marchas mañana?
SIM. Sí, hija; no puedo retrasar más mis aguas de la Bourboule... ¡Qué quieres! ¡La pícara salud!
MAR. ¡La salud! ¡Si estás buenísima!
SIM. Buenísima, gracias á mis cuidados. ¿Y tú?
MAR. ¿Yo?
SIM. Sí... te encuentro un poco desmejorada.
MAR. ¡Qué idea!
SIM. ¿De veras no tienes nada, nada?
MAR. Nada.
SIM. ¿Entonces me puedo marchar tranquila?
MAR. Completamente tranquila.
SIM. Vas á reirte de mí... pero, sin saber por

qué, desde mi llegada se me figura que Mauricio y tú me ocultáis algo...

MAR. ¡Qué locura!

SIM. ¿No habéis tenido ningún disgusto?

MAR. Ninguno... ¿Porqué habíamos de tenerlos?

SIM. No sé... quizás sean aprensiones mías... pero me parecía que estabas un poco nerviosa.

MAR. Las mujeres, un poco más ó un poco menos, siempre lo estamos.

SIM. No, no. Nosotras no nos contamos en ese número. Nosotras, tú y yo, pertenecemos á la categoría de las activas, de las inquietas; pero en el fondo, también á la de las sensatas. Por esta razón es por lo que desde hace cinco ó seis generaciones no hemos cometido ninguna tontería grave en nuestra familia. Yo estuve á punto de incurrir en una hace veinte años con un hombre que nunca, nunca lo ha sospechado. Y ahora... ni siquiera me acuerdo de su nombre. Como esposas todas resultamos perfectas.

MAR. ¡Perfectas!

SIM. Me marcho. (Pasando cerca de un mueble y cogiendo un libro.) ¿Qué es esto? ¿El libro de Mauricio? Pero, mujer, se ha publicado y no me habias dicho nada.

MAR. Iba á decírtelo. Acaba de publicarse.

SIM. ¿Lo has leído?

MAR. Naturalmente.

SIM. *Las ideas modernas en el siglo diez y seis.* ¿Sabes que esto debe de estar muy bien?

MAR. Está algo más que muy bien.

SIM. Supongo que me darás un ejemplar para leer en el tren.

MAR. Sí, sí, sí.

SIM. ¡Cuatrocientas páginas de este tamaño! ¡Y eres tú quien me decía que Mauricio no quería hacer nada! Pues esto no es capaz de hacerlo sino un gran trabajador. Cuando te digo que no conoces á tu marido... Da miedo el pensar que viviendo juntos no acaba nunca una mujer de conocer á su

marido. (Sale por una puertecita á la izquierda, mientras entran por el fondo Mauricio, Breautín, Limeray, Langlade y Chantraine).

ESCENA II

Mariana, Mauricio, Breautin, Limeray, Langlade. Chantraine entra después de las primeras frases.

MAR. Ya están ustedes un poco más...

BREAU. Decentes... dígalo usted... Sí, señora. Limeray tiene la culpa que nos ha traído á una velocidad de carrera.

LIMER. No le haga usted caso, hemos venido á la mínima.

BREAU. Como yo no estoy acostumbrado á esas máquinas... (Á Langlade.) ¿Usted ha venido en ferrocarril? Ha hecho usted muy bien.

MAUR Y ahora nada de programas ¿eh? Que cada uno haga lo que le parezca hasta la hora de comer... Paseo en barca... pesca... billar .. sueño... para el que lo necesite... De automóvil no me atrevo á hablarles...

BREAU. No, ¡por Dios! Por mi parte elijo la pesca.

MAUR. Venga usted conmigo. Todo está preparado...

LIMER. Yo también me uno á usted. (A Mauricio.) Será una estupidez, pero la pesca es una de mis pasiones...

BREAU. No tiene nada de estupidez.

LIMER. En cambio, la caza no me gusta, la encuentro demasiado bárbara, mientras que esto de esperar pacientemente el pez, sentir en la mano el golpecito ligero y firme que engancha sin ruido la víctima al anzuelo... es un ejercicio que me hace descansar de mis trabajos acostumbrados.

MAUR. Al mismo tiempo que por sus detalles se los recuerda...

LIMER. Un poco... ¡por qué he de negarlo!

MAUR. Bueno, venga usted. ¿Y usted, Chantraine?

CHANT. Le acompaño. (Se dirigen hacia el fondo derecha, al mismo tiempo que entran por la izquierda Julia Breautin y Lucía Chantraine.)

ESCENA III

Mariana, Julia Breautin, Lucía Chantraine, Langlade.

LUCÍA. Ya estamos presentables.

JULIA. ¿Qué veo? Buenos días, Langlade.

LUCÍA. Buenos días. Hacía un siglo que no tenía el gusto de saludar á usted. (Lucía pasa al lado de Mariana.)

JULIA. (Á Langlade. Los dos están á la izquierda mientras Mariana y los demás charlan en el fondo y desaparecen poco á poco.) Tiene razón... ¿Qué es de usted, hombre?

LANGL. Precisamente ayer... que sabía que se quedaba usted en casa... tenía el propósito de visitarla... pero no pude por culpa de un negocio...

JULIA. Querido Langlade, querido Langlade, desde hace un mes me tiene usted completamente olvidada...

LANGL. Si supiese usted lo que lo siento... Pero estoy atareadísimo.

JULIA. ¿Me permitirá usted que ponga en cuarentena eso de las ocupaciones?

LANGL. ¿Por qué?

JULIA. Porque lo que teme usted, al no venir á mi casa, es sólo el compromiso de verse obligado á hacerme ciertas confidencias.

LANGL. ¿Ciertas confidencias? No comprendo lo que me quiere usted decir.

JULIA. ¿De veras no lo comprende usted?

LANGL. Se lo aseguro.

JULIA. (Secamente.) Entonces no insisto; tengo la costumbre de escuchar las confidencias que quieren hacerme, pero no las solicito nunca. Y aparte de eso, amigo Langlade, siempre sé todo aquello que quiero ó que tengo interés en saber. No, no insista us-

ted... sería inútil. (Se dirige hacia Mariana, que viene desde el fondo hacia el primer término.) ¡Lo que es este trasto me las paga! ¡Una cosa que se ha arreglado en mi casa! (Langlade se aleja. Los demás invitados habrán salido durante la anterior escena. Quedan solas Mariana y Julia Breautin.)

ESCENA IV

Mariana, Julia Breautin.

JULIA. Por fin ¡qué gusto!... podemos hablar un momento... ¿Sabe usted que el libro de Darlay es una obra muy notable? Ayer lo leí de un tirón... Es uno de esos libros que llevan derechito á la Academia. ¿Estará usted muy contenta?

MAR. Mucho.

JULIA. ¿No se incomodará usted si le digo que su lectura me dejó sorprendidísima?

MAR. No; la gente cree que Mauricio es muy perezoso...

JULIA. ¡Hay que confesar que lo parece! Y lo que más me choca en él es precisamente esa mezcla de trabajo unida á su aparente desdén... Porque lo que es su libro representa un esfuerzo enorme. ¿Recuerda usted nuestras conversaciones? ¿Cuando las dos nos lamentábamos de que, poseyendo tanto talento, no tuviera al mismo tiempo un poquito de ambición? Pues sí que la tenía el pícaro... Y la de usted debe verse completamente satisfecha. Tiene usted un marido que vale mucho, mucho; guárdelo bien, porque lo merece.

MAR. (Sonriendo.) ¿Guardarlo? No pienso en otra cosa.

JULIA. ¡Cómo se engaña una! (Con intención.) Si ayer mismo me hubiesen preguntado: «¿Quién cree usted que tiene más talento, Darlay ó Langlade? ¿Cuál de los dos tiene más porvenir?» hubiera respondido sin vacilar: «Lan-

glade». ¡Qué error, amiga mía, qué error! Porque Langlade no ha tenido más que un momento de suerte, nada más, y ese momento cegó á muchas personas, principiando por mí.

MAR. Sí... recuerdo haberle oído á usted elogiar muchas veces á Langlade...

JULIA. Confieso mi pecado... pero me arrepiento de él. Hoy por hoy, me parece un hombre superficial.

MAR. (Con negligencia.) ¿Sí?

JULIA. Y un poco candoroso... y un poquitín presumido... por no decir comprometedor... ¿no es verdad?

MAR. ¡Yo qué sé!

JULIA. Por ejemplo, sus asiduidades para con usted eran de lo más torpes...

MAR. ¿Conmigo? No lo había notado.

JULIA. ¿No? Pues en cambio otros lo habían notado por usted. Es usted una mujer demasiado visible para que la sociedad deje de interesarse en cuanto hace.

MAR. La sociedad es muy amable conmigo.

JULIA. No tome usted esta observación en son de crítica ¿eh?... Apenas si puede pasar por un consejo. Sobre todo, no la escuche usted sino como una prueba del sincero afecto que la profeso. (Entran por el fondo Mauricio y Chantraine.)

ESCENA V

Dichas, Mauricio, Chantraine, al final **Lucía Chantraine.**

MAUR. Pero ¿qué hacen ustedes aquí? Todo el mundo les aguarda.

JULIA. (Alargando la mano á Mauricio.) No sé cómo felicitar á usted sin herir su modestia.

MAUR. ¡Por Dios!

JULIA. Logrará usted un gran triunfo. Los estudios históricos son cada vez más raros, y

los lectores estamos hartos de noveluchos... Sabía que preparaba usted una historia del siglo XVI... y temía por usted... El asunto se encuentra tan agotado... Pero usted ha resucitado el interés, ¡con un acierto! Sí, sí... tiene usted razón... todo se puede volver á empezar... El siglo XVI es, después de todo, el nuestro.

MAUR. Perdone usted... yo no he llegado á decir...

JULIA. No; pero es la enseñanza que se desprende de su obra... ¿el socialismo actual, qué es, sino la Reforma?

MAUR. No, yo no he querido...

JULIA. Usted no lo ha dicho, pero nosotros lo hemos comprendido. Tanto, que ya he recibido diez cartas sobre el particular, que le enviaré á usted.

MAUR. Pues ya ha recibido usted más felicitaciones que yo.

JULIA. (Alargándole la mano.) Nos ha nacido un historiador. (Á Mariana.) Diga usted, Mariana, y su madre, ¿está aún aquí?

MAR. Hasta mañana.

JULIA. ¿Podría verla?

LUCÍA. (Que hasta entonces había estado hablando en el fondo con Chantraine.) Lo mismo iba yo á preguntar.

MAR. Creo que sí. Vengan ustedes á su cuarto.

(Vanse Mariana, Julia y Lucía por puerta izquierda.)

ESCENA VI

Mauricio; Chantraine.

CHANT. Tiene usted una casa admirable... tan tranquila, tan alegre... Es usted feliz en ella... y el comprobarlo me produce la mayor satisfacción. Su felicidad, amigo Mauricio, es el mejor consuelo de mi vida. Cada vez que me ocurre una desgracia, pienso en usted, y en alguna ocasión, el saber que es usted dichoso me alivia un poco.

MAUR. Si á las personas se las juzgase por el corazón, había que declararle á usted héroe, Chantraine, y además de héroe, verdadero filósofo de la vida. Como héroe y como filósofo, voy á hacerle á usted una pregunta.

CHANT. ¿Filosófica?

MAUR. Completamente filosófica.

CHANT. ¡Magnífico! Hable usted...

MAUR. Dígame usted... (Se detiene sonriendo.)

CHANT. ¿Qué?... Vamos... no se detenga.

MAUR. Dígame... ¿Cree usted que un día, dentro de mucho, mucho tiempo, llegará á formarse una raza de hombres tan extraordinariamente refinados y civilizados que consideren la traición de la mujer como un accidente sin interés, como un accidente que no les haga sufrir, que apenas si represente algo en su vida y que no ejerza influencia alguna en sus relaciones sociales?

CHANT. Lo que en todo caso creo, y lo creo firmemente, es que cada año que pase, se irá concediendo menos importancia á esas cosas. Mire usted... aquí me tiene á mí que soy quizá uno de los últimos que lo han tomado por lo trágico. Y ya ve usted... como hacerlo, no lo he podido hacer más que una vez. Hoy, casi casi estoy por decir que me tiene sin cuidado. Si por una reunión de circunstancias, que no es fácil prever, me casara con una tercera mujer que también me engañase, ¡quién sabe si la cosa me divertiría! Pues como me sucede á mí, es posible que con el tiempo le suceda á la humanidad.

MAUR. ¡Lo que yo daría por encontrarme en ess última evolución del espíritu!

CHANT. ¿Usted?

MAUR. Sí, yo.

CHANT. Vamos, vamos. Usted no tiene, á Dios gracias, nada que temer de la mujer. Cuando á un hombre como yo le engañan, peor para él. Pero si el hombre á quien hacen

traición es un hombre como usted... entonces hay que decir peor para ella.

MAUR. Todo eso es muy bonito, pero no impide...

CHANT. ¿Qué le pasa á usted, Mauricio?... Hábleme con franqueza, porque sentiría con toda mi alma que la conversación que tuvimos hace un mes en casa de Breautin le hubiera preocupado, le hubiese hecho concebir dudas sobre... ¡Oh!

MAUR. ¿Qué quiere usted? No han sido sólo sus palabras. Ha sido lo demás. Todo lo que después ha pasado... todo lo que sucede.

CHANT. Pero ¿cómo? ¿Ya ha llegado usted á ese estado?

MAUR. Sí... ¿A qué negarlo? ¡Yo, que siempre tuve horror por todo lo que fuera sospecha, que no pude jamás sospechar de nadie, ni siquiera de mis queridas; yo, que siempre confiaba en el destino, esta vez tengo la sospecha clavada aquí, hondo, muy hondo!... Comencé por reir... siguiendo un sistema que siempre me había dado buen resultado... y ahora... acaso no espero sino una oportunidad para llorar. . Chantraine, ¿usted era inclinado á sospechar?

CHANT. No sé, porque, verdaderamente, nunca he tenido tiempo para ello. ¡De lo mío me he enterado siempre tan pronto!...

MAUR. Esto que siento ¿es el despecho, ordinario en todos los maridos? ¿El sentimiento de celos, que hace seguir á una mujer, escuchar en las puertas, sorprender sus cartas? No, porque yo soy incapaz de hacer tales cosas. No, no, no es eso; es una especie de curiosidad dolorosa, sí, muy dolorosa... curiosidad en que se mezclan la ira, la vergüenza y el miedo. Lo único que sé es que, siguiendo este camino, he llegado á concluir por pensar: «Es imposible que Mariana me haya engañado con ninguno de los que en otro tiempo le hicieron la corte, pero no es imposible que hoy me engañe con Langlade».

CHANT. ¡Con Langlade! ¡Esa suposición es absurda! ¡Absurda!

MAUR. No está mal, ese muchacho... es amable... distinguido... Como amante no puede pedírsele nada... ¡Oh!... ya sé que nada lo prueba, nada, nada... Los dos se miran y se hablan de la manera más natural del mundo... hace un momento los observaba... Pero eso ¿verdad? ya sabemos lo poco que significa... (Haciendo una transición.) ¿Ve usted, Chantraine, ve usted en qué estado me encuentro? Es delicioso.

CHANT. Váyase usted á paseo, hombre.

MAUR. ¿Cuándo se ha decidido Mariana á... cuándo? Si lo ha hecho, lo ha debido hacer después de la reunión en casa de... En aquel momento... cabalmente, entonces se encontraba en ese estado de rebelión, de extravío, de aberración en que las mujeres hacen las mayores tonterías...

CHANT. Las mujeres como la mía, sí... pero no compare usted á Mariana...

MAUR. Amigo Chantraine, existe un momento en que todas las mujeres se parecen, y es el momento de la caída. En fin... sea como sea, le juro á usted que lo sabré... y lo sabré hoy mismo... palabra de honor. Hay momentos en que yo mismo me inspiro repugnancia. Es indispensable que esto acabe. Los dos se encuentran aquí, ¿verdad? Yo sabré arrancar la verdad al uno ó al otro.

CHANT. ¿Y si la verdad es que no existe nada entre ellos?

MAUR. Entonces... sabré que no existe nada. Mire usted, yo creo en los maridos ciegos, en los maridos complacientes, en los maridos á quienes todo les es igual, en los que mueren por la falta y en los que viven de la traición; en todos los maridos creo; el único en que no me es posible creer es en el marido que quiere saber y no sabe lo que le ocurre. (Entra Langlade por el fondo izquierda.)

ESCENA VII

Dichos, Langlade; después **Mariana, Julia Breautin, Lucía Chantraine.**

LANG. (Á Mauricio.) ¿Tendría usted la bondad de prestarme su libro?... Tengo tantos deseos de leerlo...

MAUR. ¿Verdaderamente tiene usted interés en hojear ese mamotreto en el campo?... Pídaselo usted á mi mujer. (Á Mariana que vuelve por la derecha.) Mariana, ¿quieres prestárselo?

MAR. Sí, sí... (Entran Julia Breautin y Lucía Chantraine. Mauricio las saluda y sale con Chantraine por el fondo derecha.)

ESCENA VIII

Langlade, Mariana, Julia Breautin, Lucía Chantraine.

LUCÍA. (Aparte á Julia, mientras Mariana entrega el libro á Langlade.) Oiga usted, Julia, ¿no le hace á usted el efecto esa pareja, de dos personas á quienes agradaría quedarse solas?...

JULIA. (Riendo.) Sí, sí, sí... y vamos á dejarles con la mayor discreción.

LUCÍA. (Riendo.) Lo que sucederá es que probablemente no se enterarán siquiera de nuestra discreción. (Alto.) Vamos á buscar á esos caballeros.

JULIA. Vamos. (Á Mariana.) No, no se moleste usted; su madre puede necesitarla. (Las dos salen.)

LANG. Y yo voy á sentarme en un banco que he visto en el jardín y á entretenerme leyendo. (Hace que se va y vuelve.)

ESCENA IX

Langlade, Mariana.

MAR. (Después de una pausa.) ¿Por qué ha venido usted hoy? Ha hecho usted mal. Habíamos convenido en no vernos.

LANG. Con la condición de que usted me escribiría ó vendría á París. No he tenido noticias suyas. Me sentía horriblemente inquieto. Quería ver á usted, estrechar su mano, hablar con usted aunque no fuese más que un segundo, hablarle del secreto delicioso que nos une. ¿Cuándo, cuándo volveremos á vivir las horas incomparables de los últimos días? Contésteme usted cuándo... ¿Vendrá usted mañana á París? ¿Me lo promete?

MAR. Mañana se marcha mi madre. No puede ser.

LANG. Entonces esperaré toda la semana. Usted sabrá encontrar cualquier pretexto.

MAR. El caso es que no sé... (Movimiento de Langlade.) Creo que sí... pero no tengo la seguridad... No podemos ocultarnos, que va á ser difícil, muy difícil, que nos volvamos á ver este verano...

LANG. ¡Este verano! ¡Pasar todo el verano sin verte! ¡Ah! ¡Mariana! ¡Mariana, no piense usted en eso! No me lo exija porque es imposible. Piénselo, piénselo... yo no la quiero á usted de una manera superficial, como puede querer uno de esos hombres que van de salón en salón buscando aventuras y riéndose del amor. No, no... Nuestras relaciones son más serias y más sólidas, ¿no es verdad? Yo... la quiero á usted desde hace mucho tiempo... durante mucho tiempo no me he atrevido á confesárselo. Cuando mi amor ha llegado á ser tan fuerte, tan inmenso, que no le ha sido posible callarse, se lo he declarado... y usted... tú...

tú con tu generosidad le has hecho incurable para siempre... Piénselo usted, Mariana, recuérdalo, tú misma me has dicho que me querías... y me querrás siempre...

MAR. Sí, sí... también, sí... pero ¡por favor! no se exalte usted, no... Es necesario que nos sacrifiquemos, sí; es preciso que permanezcamos separados por algún tiempo. Le juro á usted que es indispensable si queremos evitar una porción de peligros... Estamos rodeados de personas que nos espían. Y á propósito, ¿ha hecho usted alguna alusión á sus sentimientos delante de Julia Breautin, cuando hace un momento nos ha dejado solos?

LANG. Julia Breautin, ¿qué representa después de todo?

MAR. Representa el mundo, representa la calumnia, representa el peligro... No es ella sola, no; son todas. Hasta mi madre se ha enterado de algo... y en cuanto á mi marido... ¡quién sabe si no lo sospecha ya!

LANG. ¡Su marido! Hay momentos en que desearía que lo supiese todo.

MAR. ¿Está usted loco?

LANG. ¿Cree usted que no sabría defenderla? Entonces, ¿aún no ha comprendido usted hasta qué extremo llega mi cariño? ¿No ha adivinado usted mi sueño? El sueño de confundir en una nuestras dos vidas, de llevármela, de robarla, de que sólo sea usted mía... sólo mía. Sí... esa es mi ambición, mi única ambición. Todo lo demás, estudios, triunfos, no me importa, no representa nada para mí, si no lo uno á esa idea. Dígame que no es imposible. Una mujer como usted es dueña de sí misma, y si usted me quiere... si...

MAR. Basta, basta... no siga usted disparatando. ¿Cómo puede usted pensar una cosa semejante? ¿Qué le autoriza para hacerlo? Recuerde usted que nada le he jurado, nada le he prometido para el porvenir. Usted me ofrece en este momento su vida, toda

su vida... ¿Sabe usted si yo puedo entregarle la mía?... ¡Mi vida! ¡Mi vida está aquí! Todo mi pasado, todo mi porvenir aquí están... son de otro... sí... de otro...

LANG. El otro... el otro... ¡Lo que yo daría por que la casualidad me lo pusiera enfrente!

MAR. Cállese usted... Después de la imprudencia de antes piensa usted ahora en provocar un escándalo... y tiene usted el valor de decirme esas cosas á mí... Cállese usted... déjeme, váyase.

LANG. Perdón, Mariana, perdón; tiene usted razón, estoy loco... Prométame usted que la volveré á ver...

MAR. (Mirando por la ventana.) Silencio... mi marido viene... Cálmese usted... por Dios, cálmese usted... No, no se vaya... me parece que nos ha visto... quédese usted... ¿Qué mal hay en ello?

(Entra Mauricio.)

ESCENA X

Dichos, Mauricio.

LANG. Entonces, con permiso de usted voy á instalarme...

MAUR. ¿Para leer? No lo permitirán esas señoras y harán bien... Precisamente ahora mismo le echaban de menos y preguntaban por usted...

LANG. En ese caso...

MAUR. Nos reuniremos en el jardín...

LANG. Como usted quiera... (Vase.)

ESCENA XI

Mauricio, Mariana.

MAUR. ¿De qué hablabais?

MAR. De personas que conocemos... justamente me contaba...

MAUR. No, Mariana, no. (Respondiendo á un movimiento de Mariana.) Óyeme... oye... no me es posible guardar por más tiempo lo que aquí dentro se encierra. (Señalando al pecho.) Los años de completo abandono, de confianza absoluta que hemos gozado, nos autorizan para tener hoy una explicación, por muy delicada que sea, por muy cruel que resulte. Para personas de cierta nobleza de alma, como nosotros, existen momentos en que sólo la franqueza, la divina franqueza es capaz de evitar desastres y calamidades. Contéstame, pues, francamente... ¿me lo prometes?

MAR. Sí, Mauricio, sí... te lo prometo. Pero ¿qué tienes? ¿Qué quieres decirme?

MAUR. Fíjate bien. No te acuso, no. Ninguna prueba tengo para acusarte, como no sea mi propia emoción, mis presentimientos, qué sé yo, mil cosas confusas que nos avisan cuando nos amenaza un peligro ó una desgracia... Además, no quiero hacerte sufrir, imponerte un interrogatorio humillante de marido celoso... no; me dirijo á ti con entera lealtad. Desde hace algún tiempo apenas si nos atrevemos á hablarnos... En cuanto nos vemos solos, esperamos con impaciencia que entre alguien que separe nuestras miradas... Sí, sí... no lo niegues, porque es imposible que tú no lo hayas notado también... En fin... parece que entre nosotros se interpone la duda y la sombra... ¿no es verdad? Pues bien, tratemos de disipar una y otra, ¿quieres? Tratemos de resucitar en nosotros las almas diáfanas, las almas alegres que animaban antes nuestros cuerpos.

MAR. Calla... porque ya adivino dónde vas á parar. Todo, porque después de la reunión en casa de Breautin estuve un poco resentida y aquí he continuado un poco nerviosa... Sí... en el primer momento, lo confieso, tus palabras me incomodaron, me ofendieron... ¡era la primera vez que me hablabas así! Pero pasado aquel primer

momento, ¿he hecho la menor alusión á tus amenazas? Vamos, sé justo. ¿Te he vuelto á hablar siquiera de Julia Breautin? Me importaba tan poco, que, por mí, ni le hubiese recordado nuestra invitación para visitarnos aquí. Tú fuiste quien le escribió, quien señaló el día. Y ahora, con pretexto de no sé qué chismes que te habrán repetido, porque no se trata de otra cosa, ¿verdad? (le mira) con un pretexto tan estúpido, llegas hasta... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... No, después de haberte oído hablar no me hago ilusiones... en este momento crees que...

MAUR. ¿Que me engañas? No; nunca me he atrevido á creerlo, por lo menos directamente, definitivamente. La idea de que me engañases equivaldría para mí... no, para los dos... á una destrucción tan absoluta... á una catástrofe tan grande en nuestra vida... que, te lo confieso, aún no he tenido bastante valor para concebirla y menos para acostumbrarme á ella.

MAR. ¡Mauricio!

MAUR. Evidentemente, es absurdo decirse: *Eso que á tantos seres humanos ha ocurrido, que está previsto en el matrimonio, como los accidentes en los viajes, eso, nunca rezará conmigo.* Es absurdo. Ahora es cuando lo comprendo, y sin embargo vas á ver cómo discurro. Por más que lo procuro, no puedo figurarme que eres una mujer parecida á las mujeres de los demás, que nuestra unión no es de una esencia superior á la de un matrimonio vulgar. ¡Mariana! ¡Mariana! Lo que voy á decirte no es una candidez, no es una niñería. ¡No debes engañarme! ¡No me engañes! Te aseguro que la aventura del adulterio no resulta siempre tan divertida como presumen los que en ella caen. Seguramente existen muchos maridos á quienes tal contratiempo no impide ser felices, y muchas mujeres que no dejan por él de ser distinguidas y elegan-

tes. Pero el fondo de todo ello, el fondo es triste, y además está lleno de peligros. Creeme. Ya ves... te hablo como hablan los maridos... lo sé... pero también sé á qué clase de mujer me dirijo. (Se pasa la mano por la frente)

MAR. (Acercándose á él) Mauricio, tú sufres,.. sí, lo veo... estás sufriendo...

MAUR. Sí... ¡por qué ocultártelo! Sufro, quizás más de lo que es lícito sufrir. Felizmente tú eres quien posee el remedio... y vas á curarme, ¿verdad, Mariana mía? Vas á curarme como se cura á una pobre criatura, á un pobre enfermo; vas á curarme empleando únicamente para ello la lealtad y la franqueza. Díme, confiésame todo lo que ha ocurrido entre vosotros.

MAR. Nada... ¿qué quieres que te confiese?

MAUR. Por favor, no me contestes así... Probablemente no habrá ocurrido casi nada... nada tal vez... No, no... ¡me engañas! La prueba es que de repente tú, que eras antes una mujer sincera, recta, una mujer que hubiera desafiado cualquier sospecha, has cambiado

MAR. ¿Yo?

MAUR. Tu alegría, tu conversación, tus maneras, todo ha cambiado. No trates de negarlo. Es evidente, y no creas que por ello te acuso. ¡Pero no intentes convencerme de que todo ello procede de la noche en que te hablé con más energía que de costumbre! No... ¡existe otra razón! Langlade te ha hecho la corte. Estoy seguro, seguro.

MAR. Sí.. sí. Debí confesártelo en seguida. ¡Si supieras cuántas veces he sentido no haberlo hecho! Nos encontrábamos en medio de esa sociedad tan bulliciosa, tan absorbente, en la que, sin darse cuenta, una mujer se deja llevar poco á poco... escucha las galanterías, las vulgaridades... imita á las demás... ¡Ah! ¡qué razón tenías en querer que la abandonásemos! Sí, sí. Pero ya se acabó, se acabó. Mauricio mío, ¿sabes lo que va-

mos á hacer? ¡Marcharnos, marcharnos á cualquier parte, donde estemos solos, los dos solos! Y nos marcharemos en seguida, dentro de unos días, mañana, ¿te parece bien?... Y entonces verás si te quiero, te convencerás de que el único hombre á quien amo eres tú. Allí te curaré de todas tus sospechas; te juro que te curaré desde el primer día.

MAUR. Sí, es una idea.

MAR. ¿Y la aceptas? ¡Qué alegría! Ya verás: resucitaremos nuestra soledad, la soledad incomparable de otro tiempo. Podré reconquistarte, porque sospecho que necesitaré hacerlo; sí... sí... tengo el convencimiento de que he estado á punto de perderte... y todo por esa sociedad... por la maldita sociedad... Huyámosla... huyámosla... Y ¿sabes? cuando volvamos este invierno á París, no temas que reincida... porque no quiero ver á nadie, no quiero ver á nadie... sola contigo... solos los dos.

MAUR. Ahora eres tú quien exagera... exageras demasiado... El haberte dirigido Langlade alguna galantería sin importancia no es suficiente motivo para que emprendamos un viaje en condiciones que le dan el aspecto de fuga. Después de todo, el joven ese está en su papel.

MAR. ¡No quiero verle! ¡no q... (Conteniéndose.) ni á él ni á los demás... á nadie... Llévame. Vámonos, vámonos.

MAUR. (Después de una pausa.) ¿Tan peligroso es?

MAR. ¿Quién?

MAUR. El.

MAR. ¿Peligroso? ¿Por qué?

MAUR. Porque, sin darte cuenta, estás hablando desde hace un rato como si tuvieras miedo de quererle.

MAR. ¡Yo!

MAUR. Sí... tú... ó como si ya no le quisieras.

MAR. ¡Oh!

MAUR. Mariana, no me lo has dicho todo. No ha habido sólo galantería de su parte ni co-

quetería de la tuya. Ha habido algo más. Has sido imprudente. ¿Dónde le has vuelto á ver? Porque antes no le habías visto más que en casa ó en la reunión de esa mujer... No... no tomes ese aire, no finjas que no me comprendes... Le has visto... sí... le has visto en otra parte.

MAR. No, no...

MAUR. Te digo que le has visto en otra parte. Confiésame dónde. Hasta la noche de la maldita reunión de casa de Breautin, confío en ti, estoy seguro de tu fidelidad... Tratarías de convencerme de que me has engañado antes y no lo creería... pero ¡después... si le has visto debe de haber sido en las semanas anteriores á nuestra instalación aquí... ¿Quieres contestarme?

MAR. ¡No, no quiero contestarte! Porque en este momento no sabes lo que dices ni lo que haces; estás excitado, colérico, no eres tú quien habla. Ignoro qué calumnia te habrán contado, pero en nombre del cielo, de nuestros días de amor, no me atormentes... Déjame, no me atormentes más: ¿no ves que lo que estás haciendo equivale á un martirio?...

MAUR. A un martirio, verdad, pero, ¿para quién de los dos, para ti ó para mí?...

MAR. Aunque te diga lo que te diga, no lo has de creer... porque estás convencido de que te he engañado... Sí, sí, lo estás; cuando hace un momento me asegurabas lo contrario era para hacerme caer en el lazo.

MAUR. Sea, pero no me muevo de aquí sin saber lo que me ocultas desde hace un mes... quiero saber la verdad, ¿entiendes? quiero que la verdad triunfe aunque destruya cuanto nos rodea y quiero leerla en tus ojos, escucharla de tus labios... Sí, ya sé que lo que en este momento hago es indigno, lo sé. Pero la culpa es tuya, tú eres quien á fuerza de inconsciencia, de ligereza, á fuerza de bravatas, has introducido en nuestra casa la sombra del adulterio.

¡A ti toca, por consiguiente, desvanecerla! Sí, te creo culpable y lo creo porque si no lo fueses, en lugar de vacilar y perderte entre tu miedo y tus mentiras, desde el primer momento hubieras encontrado la palabra, el grito, el gesto que me hubiesen impresionado y conmovido... ¡la verdad! ¿No quieres confesarla? ¿Te niegas? No importa. De todas maneras lograré saberla. (Se dirige violentamente hacia la puerta.)

MAR. (Aterrorizada.) ¿Dónde vas? ¿dónde vas?

MAUR. A preguntársela á él y obligarle por buenas ó por malas á que me la diga. ¡Te lo juro.

MAR. No quiero, no... ¡Mauricio!

MAUR. (Avanzando hacia ella.) ¿Entonces. . es verdad?

MAR. Sí... haz lo que quieras.

MAUR. (Que ha adelantado amenazador, se detiene de repente.) ¡Ah!..! ¡Desgraciada... loca, loca!... ¡Y para llegar á... eso... para vivir como ya vives, en el remordimiento, has destruído tu vida y la mía!

MAR. Sí... sí... loca... loca... ¿Qué he hecho? Pero... te lo juro... me hubiera dejado despedazar antes que seguir... Mauricio, Mauricio, ¿no me perdonarás nunca? ¿nunca?

MAUR. Jamás... porque en mi amor por ti... había no solamente pasión, deseo, ternura... había también seguridad, convencimiento egoísta de que sólo eras mía, nada más que mía, y mía para siempre. Podrá tu traición dejar vivo en mí el deseo; pero ese deseo también me lo inspiraron otras mujeres antes que tú, infinitas otras pueden inspirármelo todavía, y tan poca cosa no vale la pena de vivir una existencia de amarguras y de rencor, estando separadas nuestras almas por un recuerdo semejante... Todo se acabó... todo... Cuando nuestros convidados se marchen, acabaremos de ordenar el asunto... Porque tenemos convidados... ¿sabes? ¡convidados! ¡Es verdad, y justamente... ¡ah!...

MAR. No, Mauricio, no... por lo que más quieras...

MAUR. No tengas miedo, no vamos á abofetearnos en el jardín.

MAR. No... ¿qué vas á hacer?... ¿qué vas á decirle?

MAUR. (Después de una corta pausa.) ¿Qué voy á decirle? ¡Que esta tarde no almuerza con nosotros!

TELÓN

ACTO CUARTO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO TERCERO

(Es de noche.—Las lámparas encendidas.)

ESCENA PRIMERA

Mauricio, Chantraine, Breautin, Julia Breautin, Limeray. (Todos en el fondo, tomando café. Mariana sentada á la izquierda.)

JULIA. (Dirigiéndose hacia Mariana.) Lo que vamos á hacer ahora es marcharnos. Ya me he despedido de su madre. Muchas gracias por su hospitalidad... Pero ¿qué tiene usted? ¡Cualquiera diría que le ha vuelto la jaqueca!

MAUR. ¡No sabe usted con qué fuerza!

JULIA. Lo mejor que puede usted hacer es descansar...

LIMER. (Entrando.) ¡Qué noche! ¡Qué hermosa noche! La vuelta va á resultar deliciosa... Necesito unos segundos para preparar los faroles.

MAUR. Voy con usted

LIMER. Siento mucho tener que dejarles á ustedes tan pronto, pero me espera esta noche un trabajo... las dichosas causas criminales. Necesito ir mañana al Palacio de Justicia...

MAUR. Cómo, ¿aún le molestan á usted?

LIMER. (Riendo.) Sí, pero esta vez es como jurado... me ha tocado en suerte...
MAUR. Le recomiendo á usted indulgencia...
LIMER. Y yo se la prometo. Esté usted tranquilo.

ESCENA II

Mariana, Julia Breautin, Chantraine; después Breautin y Lucía Chantraine.

JULIA. (Á Mariana.) ¿Cuándo nos veremos?
MAR. No sé... pronto...
JULIA. ¿Vendrá usted á París esta semana?
MAR. En este momento no puedo decírselo con seguridad...
JULIA. ¡Qué fastidio! De todas maneras acuérdese usted siempre (Con intención) de que, ocurra lo que ocurra, encontrará usted en mí su mejor amiga.
MAR. Felizmente no me ocurre nada, pero de todas maneras agradezco sus palabras. (Á Lucía Chantraine que entra por la misma puerta que los demás.) ¿No tienen ustedes ya sus abrigos? Voy á hacerlos traer... (Sale por la izquierda mientras los otros se quedan á la derecha.)

ESCENA III

Julia Breautin, Chantraine, Breautin, Lucía Chantraine.

JULIA. ¿Encuentran ustedes natural todo esto?
BREAU. ¿A que te refieres, hija mía?
JULIA. A lo que está ocurriendo aquí esta tarde.
LUCÍA. ¡Qué ha de ser natural! ¡qué ha de ser natural!
BREAU. Pero ¿qué ocurre? Yo no he visto nada...
JULIA. ¿No te has fijado en la marcha repentina é injustificada de Langlade?
BREAU. ¿Cómo injustificada, si acababa de recibir

un telegrama llamándole á París con la mayor urgencia?...

LUCÍA. En primer lugar el telégrafo del pueblo esta cerrado los domingos.

BREAU. ¡Pues es verdad! Precisamente es esa una de las reformas que es preciso proponer en la Cámara...

JULIA. Efectivamente. No se reciben telegramas. Y además, cuando una persona recorre cincuenta y cinco kilómetros para almorzar con unos amigos, no se despide á la hora de haber llegado. Y además, la dueña de la casa no pone durante la comida la cara que hemos visto. Y además, es de rúbrica que no deje marcharse en seguida á sus invitados, y aunque, como siempre sucede, esté deseando por dentro que se larguen, no se va á llorar sola á una habitación mientras se toma el café... Y además... una porción de detalles en que no te has fijado porque al fin y al cabo no eres más que un hombre político, pero que no escapan á la penetración de dos mujeres tan vulgares como nosotras.

LUCÍA. (Riendo.) Es verdad, es verdad.

BREAU. Y entonces, ¿qué opinas del asunto?

JULIA. En el camino te lo diré. Ahora vamos á buscar los abrigos, ya que no nos los traen...

CHANT. (A Lucía que se dispone á seguir á Julia.) Un momento, Lucía...

LUCÍA. ¿Necesitas hablarme? ¿Qué quieres?

CHANT. Nada; dos palabritas... en seguida vamos.

(Julia Breautin y Breautin salen.)

ESCENA IV

Lucía Chantraine, Chantraine, después **Mariana.**

LUCÍA. Te escucho.

CHANT. Mi querida Lucía, fíjate bien; te agradeceré en el alma que cuando delante de ti se hable de los Darlay... y no sé por qué ten-

go el presentimiento de que va á hablarse en el camino, en lugar de tomar parte, te abstengas de todo juicio, de toda burla y de toda manifestación, sea en el sentido que sea...

LUCÍA. (Con asombro.) ¿Y se puede saber por qué razón?...

CHANT. Estimo muchísimo á Darlay; su mujer es una señora distinguidísima...

LUCÍA. Por lo menos, tú la defiendes siempre. Por esa parte no tendrá queja... Pero, mira... no sé por qué... me parece que te va á costar trabajo el seguir haciéndolo desde hoy...

CHANT. No te exijo que me ayudes á defenderla... no... Te suplico únicamente que no la ataques... porque... fíjate bien... Lucía mía.

LUCÍA. Te escucho, te escucho...

CHANT. Para permitirse la menor crítica sobre la conducta de Mariana Darlay se necesitaría ser una mujer tan absolutamente irreprochable...

LUCÍA. (Turbada.) ¿Qué quieres decir con eso?

CHANT. (Mirándola.) Nada, mujer, nada.

LUCÍA. (Lo mismo.) ¿Nada?

CHANT. Nada. ¿Qué voy á querer decir?

LUCÍA. ¡Emilio!

CHANT. ¿Qué?

LUCÍA. No sé... Parece que me miras de un modo tan... Te aseguro que me das miedo...

CHANT. Te miro como miraría á una niña que me interesara... (Extiende la mano para acariciarla las mejillas. Lucía retrocede instintivamente.) por quien casi casi sintiera admiración... Vamos, vamos... ¿Qué ocurre?... ¿No te asustes, mujer? Todo está bien como está y sería lástima trastornarlo. ¿Me prometes complacerme en lo que te he pedido...?

LUCÍA. Sí... te lo prometo.

CHANT. Gracias. Vámonos... (Aparte.) ¡Y pensar que esta mujer es capaz ahora de enamorarse de mí! (Entra Mariana.)

MAR. ¿Pero aún están ustedes aquí? Todos los

esperan abajo en el automóvil. Vayan, vayan...

CHANT. Señora, muchas gracias y á los pies de usted... (Entra Mauricio.)

ESCENA V

Mauricio, Mariana.

MAR. ¿Se marcharon ya?

MAUR. Sí...

MAR. ¿Y mamá?

MAUR. Escribiendo cartas.

MAR. ¿Estamos solos?

MAUR. Sí.

MAR. ¡Qué bueno eres!

MAUR. No soy un monstruo y me daría vergüenza vengarme de ti, no obstante el mal que me has causado.

MAR. ¡Si supieras lo que sufro! ¡la verdad de lo que sufro!

MAUR. Efectivamente, no te has convertido de buenas á primeras en una mujer sin conciencia; por eso voy á tratar de hacerte pagar tu falta lo menos cruelmente que me sea posible. No quiero exponerte á la calumnia, á la maledicencia, á las perfidias de esa sociedad que sólo aguarda la ocasión de arrojarse sobre ti y devorarte. Si mañana me batiera... tu reputación quedaría perdida para siempre...

MAR. (En una explosión de alegría.) No te batirás... ¿no te bates?

MAUR. No me bato mañana El porvenir de mis actos no te pertenece. Desde hoy es sólo cosa mía... no hablemos de ese asunto... Y ahora fíjate en lo que es necesario hacer. Mañana saldrás de aquí con tu madre, pretextando una enfermedad. Justamente, la pobre señora se ha fijado en tu palidez... de modo que por ese lado todo va bien. Y cuando estéis solas las dos, le dirás que

nos separamos... sin confesarle, como es natural, el verdadero motivo, porque sería una crueldad inútil. Atribúyeme toda la culpa... inventa lo que quieras... todo me es igual. El divorcio se fallará en tu favor. En el momento de la sentencia la sociedad ¡nuestra sociedad! se ocupará de otras aventuras y de otros escándalos... y tú recobrarás tu libertad de una manera elegante y correcta.

MAR. (Después de una pausa.) Sí... ya veo que lo que acabas de decir... lo que has resuelto es irrevocable... ¿no es cierto?

MAUR. (Después de una pausa.) ¡Irrevocable!

MAR. (Después de una pausa) ¿Y no quieres dejarme la más remota esperanza? ¿no me permites siquiera pensar que más allá de todo, no sé dónde, en alguna parte y en algún tiempo quedará vivo algo que nos una?

MAUR. (Con dulzura.) No, Mariana; todo se acabó entre nosotros.

MAR. (Nerviosa.) Y sin embargo, por grande que sea, no existe crimen que no pueda esperar el perdón un día ú otro. Se trata de un crimen, de un verdadero crimen, lo reconozco; es un crimen el haber hecho traición al amor de un hombre como tú. ¡Verdad, verdad! No tengo disculpas, ni las busco... me entrego completamente á tu voluntad. Pero, aparte mi falta, ¿tienes la seguridad de haberme hecho conocer durante nuestro matrimonio tu inteligencia, tu corazón, de haberme hecho conocer al verdadero hombre que en ti se esconde, y que yo, tu mujer, he buscado siempre inútilmente? ¿Tienes la seguridad de no haberme ocultado exprofeso detrás de la ironía de tu sonrisa y de la corrección de tus palabras, la profundidad de tu amor y la sinceridad de tu corazón? Cuando hace un momento te veía sufrir, cuando vi acudir las lágrimas á tus ojos, no sólo me sentí conmovida, avergonzada, no; me sentí también sorprendida, estupefacta. Porque

no te conocía, y no te conocía por tu culpa; por ti, por ti que hasta ahora me habías impedido, más aún, me habías estorbado que te conociera. ¡Oh! Sí.. sí, no hay comedia en lo que te digo, ¡no! Tampoco veas una acusación en mis palabras... no... yo... yo sola era la obligada á adivinarte y á conocerte... sí... sí... Pero ¡qué quieres!... soy mujer, nada más que una pobre mujer... mi inteligencia no es infalible. Necesitaba tal vez ser ilustrada, dirigida, llevada por otra inteligencia superior. ¿Por qué no te dignaste nunca tomarte ese trabajo?... Tus ideas, tus proyectos, el talento que acabas de hacer público estos días, ¿por qué no permitiste que yo los sospechara? En lugar de tu compañera he sido tu adversario, y en el momento de abandonarte, de abandonarte para siempre, lo hago con el convencimiento amarguísimo, con la pena irremediable de que el ser que en ti se ocultaba, es un ser, un alma, con quien hubiese podido vivir feliz toda mi vida.

MAUR. (Sentado.) ¡Qué quieres, Mariana! ¡Es la equivocación eterna, la desgracia! (Se levanta.) ¡Y ni siquiera podemos remediarla! No podemos, porque el ser que en mí existe, no éste, no, el otro, ése, es incapaz de olvidar. ¡Ah!... No me envanezco por ello, no... lo siento, lo siento con toda mi alma, y daría cuanto pudiera por convertirme en uno de esos maridos amables que todos conocemos, de esos maridos engañados que con la sonrisa en los labios perdonan á sus esposas todas las noches. Pero no puedo. Trataría de intentarlo y me sería imposible. No somos dueños de nuestra memoria, ni de las imágenes que impresionan nuestros cerebros. Y entre esas imágenes, hay una, una que me ha hecho sufrir demasiado para poder olvidarla, una imagen que va unida siempre al dolor, y el dolor ya sabes que es una cosa inventada expresamente para que no se olvide nunca.

MAR. Sí... sí... Ya veo que vuelves á ser el de siempre, que recobras tu calma de costumbre, que me escondes todas tus flaquezas para que no tenga ningún apoyo ni pueda volver á impresionar tu alma... que se ha acabado todo... todo... ¡Oh!... sí, es cierto que procuras mostrarte conmigo muy bueno y muy dulce, que no quieres humillarme delante de mi madre, que no quieres entregarme á la calumnia, que procuras conservarme una posición... pero, ¡qué me importa todo eso si yo te quiero, si te amo aún, si no pienso más que en una sola cosa, en una sola: en conservarte! ¡Qué me importan tus contemplaciones! Mira, preferiría mil veces tu cólera, preferiría que te vengases en mí, en él... todo, con tal de decirme... de todas maneras llegará un día... una hora... un segundo... en que volverá á ser mío, alma con alma! Lo que haces ahora con tu bondad, con tu sangre fría, es mil veces más cruel que la violencia, que el odio, que todo.

MAUR. Pero desgraciada, ¿no ves desde ahora la existencia lamentable que arrastraríamos si siguiésemos unidos? Tu falta, que nunca te echaría yo en cara, que ni siquiera tendría valor de recordarte, atormentaría de continuo nuestra memoria... porque siempre pensaríamos en ella... yo por lo menos. Y una existencia así... una vida de complacencias, de cobardía, de hipocresía, no la quiero, no, no la acepto. Cuando se está seguro de no olvidar nunca, el perdón no es más que una comedia indigna de ti y de mí. (Entra Simona Grecourt.)

MAR. Pero yo te quiero, y mi amor conseguiría hacerte olvidar...

MAUR. Tu madre; calla..

ESCENA VI

Dichos, Simona Grecourt.

SIM. Buenas noches, hijos míos. Me voy á acostar... Mañana tengo que levantarme muy temprano... (Va hacia Mariana y la abraza. Mariana se arroja en sus brazos y la besa llorando.) Pero... ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? (Mirando á Mauricio.) Ya me figuraba yo que os sucedía algo. Vamos á ver, ¿qué ocurre? ¿qué ocurre? Hablad (Á Mariana.) Habla tú... vamos...

MAR. (Llorando.) No puedo... no puedo...

SIM. Entonces... ¿se trata de algo grave?

MAUR. Puesto que al fin y al cabo ha de saberlo usted...

MAR. ¡Mauricio!

MAUR. Mariana y yo nos hemos convencido de que la vida en común resultaba imposible y...

SIM. (Interrumpiéndole bruscamente.) ¿Qué dices? ¿Os estáis burlando de mí, verdad? ¿Se trata de una broma? ¿No hablas en serio?

MAUR. Hablo muy en serio... La vida en común es imposible y hemos decidido separarnos... y solicitar después el divorcio... Todos los...

SIM. ¿Queréis divorciaros?... ¿divorciaros?

MAUR. Todos los yerros son míos, lo reconozco.

SIM. Eso no es una razón para... (Á Mariana.) ¿Tu marido... tiene una querida?... ¿no es eso?...

MAR. (Con fastidio.) ¿Para qué quieres más detalles? Nos divorciamos... es cosa convenida... irrevocable... es una cosa que ocurre todos los días...

SIM. En nuestra familia no ha ocurrido nunca.

MAR. Además... puesto que Mauricio no me quiere... ¿qué importa divorciarse?

SIM. Discurres de un modo ridículo y... (Á Mauricio.) Prefiero hablar contigo. Vamos á ver, Mauricio, supongo que en lo que me has

dicho no hay nada de definitivo. Tu mujer te perdonará si sabes hacerle comprender...

MAUR. No lo creo...

SIM. Además, me encargo yo y basta. (Volviendo donde está Mariana.) Hija mía, vas á hacerme el favor de abrazar á tu marido y de perdonarle inmediatamente todas sus faltas. (Al hablar ha empujado á Mariana, que se encuentra entre ella y Mauricio.)

MAR. No insistas, mamá, no es posible...

SIM. ¿Cómo? ¿Te niegas? ¿Por qué razón? Por orgullo, estoy segura; por ese dichoso orgullo que tenéis todas ahora. Cualquiera diría al veros que erais las primeras mujeres engañadas. ¿Y nosotras, crees que no lo fuimos también? ¿crees que nos divertía el serlo? La diferencia consiste en que nosotras teníamos el respeto del matrimonio y considerábamos como uno de nuestros deberes de mujer y de esposa el soportar con dignidad las miserias de nuestros maridos. ¡Hijos míos, no sabéis la pena que me causáis con vuestra actitud! Reconciliaos. Nada hay de irreparable en lo sucedido, á nadie se le ocurre destruir una familia por tan poca cosa...

MAR. (Que se encuentra cerca de su marido, bajo á éste.) Mauricio, por última vez... te lo pido con toda mi alma...

SIM. Si en lugar del marido, fuese la mujer la culpable... entonces no hablaría como hablo...

MAR. (Volviéndose hacia ella y lanzando un grito ahogado.) ¡Oh!

SIM. Entonces, peor para ella. Si escogió un hombre distinto de su marido... que le siga, que sea feliz ó desgraciada en su compañía. Eso es asunto suyo. Las mujeres acostumbramos á decir á nuestros maridos que entre su falta y la nuestra no existe diferencia posible, y hacemos muy bien en decírselo, porque eso les inclina á reflexionar y algunas veces puede detenerlos... pero, en el fondo, sabemos muy bien á qué atenernos. La prueba está en

que queremos con mayor pasión á los hombres á quienes perdonamos y acabamos siempre por despreciar á los que nos perdonan. ¿No opinas lo mismo que yo, Mauricio?

MAUR. Exactamente lo mismo.

SIM. Entonces, espero que los dos reflexionéis y mañana os encontraré más razonables. Buenas noches, hijos míos. (Sale después de haber besado á Mariana y estrechado la mano á Mauricio.)

ESCENA VII

Mariana, Mauricio

MAUR. (Acercándose á Mariana.) Ahora, decide tú misma.

MAR. Sí... tienes razón... ya no es posible... Adiós.

MAUR. Eres amada... olvidarás pronto. Aún encontrarás el medio de ser dichosa.

MAR. (Volviendose). ¿Y tú?

MAUR. La vida posee recursos inagotables... ¡Quién sabe!... Acaso yo también lo sea...

TELÓN

OBRAS DE ALFONSO DANVILA

OBRAS HISTÓRICAS

	Pesetas.
Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo	20
Luisa Isabel de Orleans y Luis I	3,50

NOVELAS

Lully Arjona	3,50
La Conquista de la Elegancia	3,50
Odio (novelas cortas)	3,50

TEATRO

Nina la Loca (comedia en tres actos)	2

Para los pedidos de estas obras, dirigirse á la librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y al domicilio del autor, Marqués del Duero, 6.